

punto de partida

No. 237
ISSN: 0188 - 381X

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

¡
V
L
V
C
N
C
H
V
!





punto
de partida

No. 237

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Fabián Espejel
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Asistencia secretarial: Silvia Rodríguez
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Neenah Environment Birch de 216 gramos.

ENERO — FEBRERO

EDITORIAL

¡A LA CANCHA!

CARRUSEL

TINTA SUELTA

Editorial 5

Permanencias involuntarias. Roberto Christian Vázquez 8
Sangrar azul. Gabriela Muñoz 16
No soy villamelón. Arturo Molina 22
Herencia. Luis Fernando Rangel 27
Jugando sin genitales. Adriana Zárate Escobar 30
Salir del clóset deportivo. Israel Nicasio 36
El cuerpo que uso pero no habito. Ana Karen Pérez Vega 42
Sol para volvernos locos. Antonio Miguel Muñoz Ortiz 48

*Campeonato intergaláctico de jugadores
de gallito.* Ana de Anda 56
*Crónica de un ascenso internacional a la cumbre del
Mont Blanc.* Sama Vagamontes 57
Revolución: mujeres y baloncesto. Cynthia Spinola 66

Los lunes de amazonas y Stephany Mayor
Laiza Onofre 71

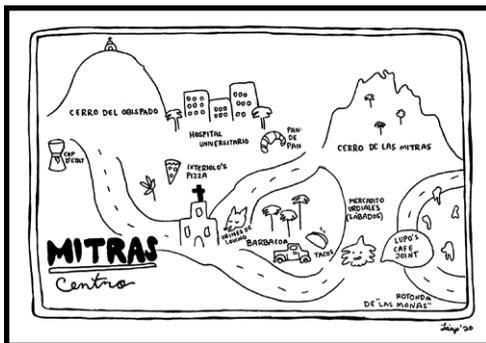
Colaboradores 75



Brenda Pichardo Hernández (Ciudad de México, 1989). Comunicóloga y fotógrafa egresada de la licenciatura Ciencias de la Comunicación en la FCPyS de la UNAM.



CONTRAPORTADA / TINTA SUELTA



Laiza Onofre (Monterrey, 1987). Estudió la licenciatura en Artes en la UDEM. Se ha desarrollado como docente artística. Es artista multidisciplinaria, su producción incluye música, literatura y artes visuales.

Editorial

Este número se editó a la par de uno de los eventos deportivos que más atención recibe a nivel mundial. Lo que se dice y hace en torno a éste, a los individuos y a los grupos sociales que participan en él desborda lo que sucede en el campo de juego. Algo similar sucede en estas páginas. ¡A LA CANCHA! toca espacios exteriores lúdicos y competitivos: el diamante del beisbol, los aros de gimnasia, los canales de remo en Cuernavaca, los estadios de futbol, las mesas de arbitraje en el baloncesto e, incluso, más allá de toda delimitación artificial, el espacio en el que más nos acercamos a lo infinito: la alta montaña. Al mismo tiempo toca otros espacios interiores, aunque igualmente desafiantes, en los que se construyen identidades, amistades y rivalidades, que también son terreno de disputas y que, en ocasiones, poco tienen que ver con los deportes en sí mismos.

Inicia el *dossier* “Permanencias involuntarias”, un ensayo en el que Roberto Christian Vázquez aprovecha una acalorada discusión futbolera para hablar de la mercantilización del juego y sus figuras, de la marginación de las selecciones femeniles, de algunos equipos que abanderan resistencias políticas y sociales y sobre los orígenes de la devoción por algún equipo. Este último tema también lo abordan Gabriela Muñoz, autora de “Sangrar azul” y Arturo Medina, autor de “No soy villamelón”. La primera relata cómo el beisbol y Los Dodgers fueron un asidero apasionado de esperanza en un momento difícil de su vida. El segundo es una suerte de reivindicación de aquellas personas que cambian de equipo —o que apoyan a varios— en una búsqueda de verdadera conexión e individualidad que puede llevarlas a desmarcarse de una tradición generacional.

En “Herencia”, uno de los dos poemas de este número, Luis Fernando Rangel describe un destino sellado por los balones y el olvido. Le siguen dos textos que juegan entre la crónica y el ensayo, y en los que coinciden los prejuicios y el futbol. En “Jugando sin genitales” Adriana Zárate cuenta el complicado camino que transitó desde pequeña hasta encontrar grupos y espacios donde practicar este deporte sin que ser mujer fuera considerado como una desventaja ni anomalía. En la dirección opuesta, “Salir del clóset deportivo”, de Israel Nicasio, da cuenta de estereotipos asfixiantes y hace una crítica del futbol como mandato social de la masculinidad en algunas escuelas.

Continúa Ana Karen Pérez Vega, autora de “El cuerpo que uso, pero no habito”, quien hace un recuento de su experiencia en competencias de remo de alto rendimiento y de las secuelas emocionales y físicas que una exigencia así dejó en ella. Por último, Antonio Miguel Muñoz Ortiz narra un *alleycat* que tiene como pista la ciudad de Puebla, una agitada crónica que lleva por título “Sol para volvernos locos” y



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

NARRATIVA
GRÁFICA

que contagia el ánimo callejero, alegre y de compañerismo que caracteriza estas competencias.

El Carrusel de este número lo inaugura una minificción de otro mundo a manos de Ana de Anda: “Campeonato intergaláctico de jugadores de gallito”. El siguiente texto, “Crónica de un ascenso intergeneracional a la cumbre del Mont Blanc”, es un homenaje a la montañista María García y Valdés —una de las primeras alpinistas mexicanas— en el que Sama Vagamontes cuenta los preparativos, el transcurso y los inesperados giros de una travesía que los condujo al centro mismo de la amistad. Para Entre voces Cynthia Spinola recupera la experiencia de cinco árbitras de baloncesto originarias de distintos estados del país y muestra lo difícil que ha sido para ellas ejercer su profesión en un medio todavía machista. El segundo poema de esta edición, “Tiro libre” es de Daniel Pérez Segura y acompaña la postal desprendible que se encuentra en la solapa trasera de la revista. En la sección Tinta suelta, Laiza Onofre nos comparte “Los lunes de amazonas” y “Stephany Mayor” dos historias breves sobre niñas y fútbol. Agradecemos también a las autoras y los autores que compartieron fotografías de sus propios archivos para acompañar los textos, así como a Brenda Pichardo, Luis Eduardo Pérez Vega, Derek de la Paz Rodríguez y Quieroser-tuperrx por traer a estas páginas sus trazos y su mirada.

El equipo de Punto de Partida le desea a todas las personas que le dan vida a esta revista con su trabajo y su lectura que este 2023 sea un carrusel de alegrías. 📌

Aranzazú Blázquez Menes



Permanencias involuntarias

ROBERTO CHRISTIAN VÁZQUEZ

I was born here and I'll die here against my will
Bob Dylan

Barusch apuntaba con el índice al Palta. Los otros cuatro dedos sostenían una botella de cerveza de una marca que nunca he visto de nuevo. En la televisión los comentaristas chilenos se gritaban casi con tanta pasión como los dos ebrios que estaban frente a mí. Palta neceaba: “A Leopoldo Osoreo lo mandó matar el Colo-Colo”. Barusch traía una playera sudada de ese equipo, estaba tan ebrio que no lograba concretar la defensa. Armando volteó a verme y susurró: “El Temuco se está rifando, Colo-Colo vale pura...”. El partido continuaba, el Palta y Barusch gritaban, la cerveza se me calentaba en la mano. Otra vez estaba atrapado.

Mientras intentaba darle sentido a los gritos, pensé que uno siempre le puede echar la culpa a la familia. Hace unos meses mi papá le preguntó a mi hermano sobre una pelea de box reciente, éste negó con la cabeza mientras masticaba su taco de frijol con aguacate, ninguno de sus amigos tenía interés en la pelea y no pudo verla. Mi papá se indignó: “Hay eventos deportivos que son importantes aunque no te guste el deporte”. La frase resume muy bien su curioso desinterés intermitente. Cada cuatro años la televisión de la sala se encendía para ver la final del Mundial y alguno que otro partido en el que México acababa perdiendo. Recuerdo alguna Copa América, un Mundial Sub-17, algún México vs. EUA. Pero, la verdad, en casa nadie tenía la devoción religiosa que se le inculcaba a mis amigos. Como a un ateo que no sabe si pararse o sentarse durante la misa católica, el futbol siempre me ha parecido un ritual extranjero.

En un departamento al sur de la Ciudad de México un grupo de chilenos se reunían para ver el juego del Deportivo Temuco vs. Colo-Colo. Sí, ese que está sentado en el puf rojo soy yo y “probablemente se pregunten cómo llegué aquí”. La respuesta, como siempre que hay futbol de por medio, es: por casualidad. Cuando estudiaba la universidad unos amigos formaron un equipo y decidieron invitar a Javier. Javier era un estudiante de intercambio chileno, lo recuerdo más en las fiestas que en las clases. Alguien dijo que su estilo de juego sudamericano podría representar una ventaja táctica. Nunca supe si el comentario era un chiste o una creencia fundamental para la dirección técnica del equipo. Vi aquel partido desde las gradas, perdieron miserablemente. Antes de que nos despidiéramos, Javier nos invitó a tomar unas cervezas con unos amigos.



Rodrigo Palma. Futbol Joven Chile. cc BY-NC 2.0

Inculcar me sigue pareciendo la palabra clave. Las fechas de partidos importantes marcadas en el calendario familiar, las playeras del equipo acumulándose en el closet cada vez que se agregaba una estrella a la camiseta (o cuando la economía familiar permitía actualizarla). Había una pausa ritual en las casas de mis amigos cuando el futbol estaba en la televisión, estaba prohibido hacer ruido o distraer a los adultos que miraban el juego. La preferencia por un equipo u otro casi siempre tenía que ver con algún vínculo geográfico en el pasado de la familia, una simpatía fortuita o la pertenencia a una porra por parte de algún familiar lejano que había sellado el destino de las generaciones venideras.

Hablando de simpatías fortuitas, me parece que la afinidad de Armando por el Temuco estaba relacionada con que aquél fue un lugar importante en la biografía de Pablo Neruda. Cada vez estoy más convencido de que los afectos y las lealtades (y no sólo hablo de deporte) pasan más por lo visceral que por la razón y la memoria. No recordaba el nombre de Javier, tuve que preguntarle a Román mientras escribía este texto. Tampoco me acuerdo de la ubicación del departamento ni del nombre del resto de las personas que veían el partido. Lo único que mantengo de aquella

tarde son un par de mensajes de WhatsApp que le envié a una amiga junto con una foto mal tomada: el cuerpo borroso del Palta parece a punto de arremeter contra la televisión en la que se ve a F. Lazcano del Deportivo Temuco recibir una tarjeta roja en el minuto 17. Esa foto y los mensajes son los únicos documentos que conservo de lo que sucedió en esa sala. No pasa lo mismo con los detalles del partido: si hay algo más grande que el fútbol es la conversación en torno a él. El resumen técnico y la relatoría de ese día están en páginas mantenidas por fanáticos y medios dedicados al deporte. Todos los detalles de ese juego y de esa liga están meticulosamente documentados y analizados. Comunicadores formados en universidades especializadas y entusiastas crean materiales que sobrepasan por cientos de veces al volumen de registros de los partidos en sí. Mientras escribo este texto no ha ocurrido la inauguración del Mundial de Qatar 2022, pero las horas de material audiovisual sobre el tema (mesas de discusión, predicciones a través de herramientas estadísticas, pseudocientíficas y hasta adivinatorias, chismes y cápsulas culturales de relación tangencial con la sede) superan por mucho el tiempo de vida de cualquier ser humano.

Desde la primaria me di cuenta de que una palabra caía sobre el jugador menos hábil, el que “corría como niña” o el que se negaba a jugar. Ésa, la palabra de cuatro letras. Ésa, la que prohibió la FIFA en los estadios. A pesar de los cambios sociales, las discusiones académicas y las desgastantes peleas en redes, en las primarias del siglo XXI la reflexión sobre el género no se ha distribuido en los espacios de recreo. Las pláticas con mis sobrinos me lo confirman: en los patios el fútbol siempre es rey. El resto de las actividades quedan relegadas a los márgenes y las esquinas, al rincón que queda tras delimitar la cancha. Esto significa que, como niño, en las clases de educación física o en el recreo el imperativo de jugar no conoce de tiempos. Las y los docentes se siguen resistiendo al deporte mixto. Las palabras *pesado*, *feo*, *brusco* y *fuerte* enmascaran un miedo profundo a que las infancias realicen actividades conjuntas y se diluyan sus fronteras históricas. El *infancias* se fragmenta por la creencia anquilosada de que hay juegos de niños y hay juegos de niñas o, por lo menos, espacios de juego. Quien cruza esa línea (aún) se ve atravesado por más y más palabras.

Mientras el Colo-Colo reclamaba un penal busqué el nombre de la cerveza en los *jerseys* de los equipos. No los encontré, pero mi intuición no estaba tan errada. Aunque cuando se habla de espacio en el deporte se piensa en alineaciones y estrategias, el espacio más interesante no es el de la cancha. En el patio no hay una delimitación tan estricta como la que existe entre el campo y las gradas de los estadios. La división se fue configurando a lo largo del siglo XX; en los primeros partidos profesionales de México los asistentes convivían sin mucho desorden con los jugadores. La inaccesibilidad del césped, la barrera metálica y arquitectónica que clausura la posibilidad del fanático para patear el balón durante el medio tiempo o después del juego configuraron un espacio vedado: allá abajo



Carlos Figueroa. Universidad de Chile vs. Colo-Colo, Estadio Nacional, Santiago, Chile, 2018. cc BY-SA 3.0

ocurre la magia, allá abajo sólo entran los iniciados. Una vez que la cancha obtuvo denominación sacramental, el resto de los espacios pudieron ser priorizados y capitalizados fácilmente. *Location, location, location*. Las gradas pudieron dividirse de acuerdo con el poder adquisitivo, nacieron los palcos y las secciones. Los promotores capitalizaron a las barras como parte del espectáculo, *show* sagrado y *show* profano. Las barras permitieron a los fanáticos que no podían darse el lujo de un boleto participar de la celebración del partido y negociar los boletos a un costo muy diferente al de la venta en taquilla. La publicidad en las camisetas y a las orillas del campo respondió a la misma lógica, aunque en función de la visibilidad física y la que otorgaban las transmisiones televisivas: *location, location, location*.

Mis compañeros soñaban con ser Oliver Atom, a mí me atraía la hiperconciencia y malicia de Benji Price. Pero no tenía nada que ver con el fútbol, después entendí que era una cuestión de desarrollo de personaje. Fui portero por otros factores; se podían usar las manos, no había que correr, podía comer mientras el balón estuviera lejos de la portería y un pequeño salto a la izquierda o derecha (o levantar una mano) daba la impresión de que me importaba el resultado del partido aunque mi cabeza estuviera en cualquier otro lado. En el espacio sagrado del fútbol profesional los nombres protagónicos se cargaban de significados. La publicidad de las marcas deportivas hizo icónicos los rostros más allá de las difusas tomas lejanas en las que corrían detrás de la pelota. Cuando alguien decía sus nombres venían a nuestras mentes sus rasgos físicos y los movimientos relacionados con su figura. Llegaban a nosotros a través de la televisión, los diarios deportivos en los puestos de periódicos o los videojuegos. A mi hermano y a mí nos gustaba FIFA Street, un videojuego que EA Games creó para acercarse a una generación de jugadores para la cual estar 90 minutos como un receptor pasivo parecía insufrible. Los partidos en FIFA Street eran callejeros, las reglas difusas, no había faltas ni tiempos fuera y los jugadores contaban con poderes sobrenaturales que usaban en partidas rápidas. La estética del barrio, la banda sonora con música electrónica *underground* y el concepto de comercial deportivo frenético atrajeron a gente que, como a mi hermano y a mí, jamás nos interesó ver un partido completo. No teníamos forma de saber que los licenciamientos de imagen y la publicidad de las marcas deportivas ocultas en distintos puntos acababan alimentando a la maquinaria económica de las ligas profesionales y a los “jugadores estrella”. Tampoco es que nos importara.

Barusch volvió a discutir con el Palta. Otros comentarios me habían pasado desapercibidos porque no conocía el contexto. La verdad es que tampoco estaba entendiendo la discusión paralela que mantenían los comentaristas sobre la liga y los sistemas de puntaje. Poco a poco comprendí que el reclamo se centraba en una serie de teorías conspiratorias. Leopoldo Osoreo era un jugador chileno que aspiraba a entrar en la categoría de “jugador estrella”. Dinero y fama. Gente editando videos con sus mejores jugadas y monetizando el contenido en YouTube para capitalizar su fanatismo. La promesa no fue cumplida por un incidente en una *discoteque*. Leopoldo era infiel a su novia y los hermanos de ésta, Gerardo y Francisco, decidieron revelárselo. Leopoldo riñó con ellos cuando los encontró en medio de la fiesta. Unas horas más tarde, Gerardo, Francisco y otras dos personas volvieron a la *discoteque* para asesinarlo. Fuera de los detalles y contradicciones que hubo mientras se realizaba la investigación, el hecho de que Gerardo, Francisco y la exnovia de Leopoldo fueran hijos de un exjugador del Colo-Colo convirtió el caso en una bandera a enarbolar contra el equipo, jugadores y fanáticos. Como todas las rivalidades en el fútbol, los orígenes de la antipatía se gestan en el terreno de los rumores y las leyendas.

“Luego los hombres creen que es mucha ciencia entender lo que es un fuera de lugar”, dijo alguna vez mi mamá enojada, aunque no recuerdo en qué contexto. Quizás fue por algo que dijo algún comentarista televisivo. Aunque vivió una de las mejores épocas del Cruz Azul y recuerda algunos hitos de Hugo Sánchez (como el récord mundial de dominadas en el Zócalo), su verdadero interés siempre ha estado en el box. De ella recibí las hagiografías del *Ratón* Macías, los milagros de Chávez y las glorias del *Púas* Olivares. Quizás eso pueda explicar su reacción cuando en alguna comida ve de reojo cómo se detiene un partido por alguna falta. “Les pagan por tirarse”, dice ante un espectáculo que considera indigno. Sin ejemplos paternos ni maternos, a mi hermano y a mí no nos quedó más opción que elegir un equipo y esperar que no se hicieran muchas preguntas. Él fue un paso más allá, en su cuarto tenía posters de Pumas y llegó a usar algunos accesorios con el escudo del equipo. Los posters se fueron llenando de agujeros porque, al final, su única función era de tiro al blanco para las armas que usaba cuando entrenaba artes marciales. Disfrutaba jugar, pero jamás lo he visto sentarse 90 minutos frente a una pantalla.

Un comentario del narrador me hace ruido. Refiere los resultados de juegos que ocurrieron décadas atrás e intenta extrapolarlos al posible resultado de esta tarde. Los jugadores se jubilan, los directivos cambian, los uniformes se actualizan, las estrategias se afinan, las sedes se remodelan, los equipos se mudan de ciudades, los dueños venden el club completo a otra directiva. Y, sin importar la cantidad de cambios que haya, el equipo sigue siendo el mismo. Me tomó mucho tiempo comprender que un equipo de fútbol o una selección nacional es como la nave de Teseo. Así, la permanencia del nombre le otorga unicidad metafísica y lo carga de una historicidad cíclica que permite hacer afirmaciones como la del comentarista. Se entra al mundo del pensamiento mágico, de las maldiciones, de los “árbitros comprados” (aunque los datos muestren un número equilibrado de sanciones), de mitos y barreras invisibles. Estadios que se derrumban para corregir una mala racha. Números prohibidos y sagrados que no ven las camisetas en muchos años. Brujos, adivinas y destinos manifiestos que señalan que este año es el bueno; las deidades serán benevolentes.

Mientras crecía hubo dos personas que se empeñaron en que aprendiera sobre fútbol: Giovanni y Cindhy. Casi todas las reflexiones que plasmo aquí se gestaron en sus cabezas. Giovanni terminó un doctorado en Historia del deporte y Cindhy llegó hasta donde las condiciones del fútbol femenino en México la dejaron. Mientras comíamos en La Mascota, el mesero puso un partido de la selección femenil compitiendo por su pase a la Copa del Mundo de 2019. Giovanni nos contó sobre Alicia Vargas, la capitana de la selección mexicana en los Mundiales Femeniles de 1970, 1971 y 1991. Aunque el equipo quedó en tercer lugar en 1970 y ganó el subcampeonato mundial en 1971, Alicia jamás logró que los promotores vieran a la selección o a las ligas femeniles más allá de un mero entretenimiento



Alicia Vargas, fotografía cortesía de su archivo personal

amateur. Viajando en camiones de segunda, pagando sus propios pasajes, haciendo coperacha para reunir lo de la bolsa de los torneos, lidiando con aficionados que iban a verlas para (en palabras de ella) verles las piernas o los pechos... Jamás logró el reconocimiento ni el salario de sus contrapartes masculinas. Cindhy volteó a ver a la pantalla, aunque su carrera en el fútbol ocurrió casi tres décadas después, las condiciones siguieron siendo casi las mismas que las de Alicia. "Quizás hoy sí hubiera podido seguir jugando", dijo. Aunque la brecha salarial siempre encuentra razones para persistir, las justificaciones siguen siendo igual de endeables: taquilla, interés público, patrocinios y "nivel" de juego.

Durante el medio tiempo escuché la conversación entre Armando y Román. La contracara de la segregación y la cooptación de la que he hablado ha sido la resistencia. He dicho que la elección de un equipo se da por circunstancias fortuitas, pero a veces también responde a afinidades políticas o a una consciencia de organización y acción colectiva a través del deporte. El Borussia Dortmund luchando activamente contra el antisemitismo. El Argentinos Juniors, Corinthians y Sankt Pauli promoviendo filosofías anarquistas y libertarias. La Ranchè Fútbol Queer como espacio de encuentro y militancia por la diversidad. No sólo fue Alicia Vargas y sus compañeras de ligas sino decenas de equipos de disidencias sexogenéricas, de anarquistas, de obreros, de sindicalistas acérrimos en toda Latinoamérica y el mundo.

Mientras escucho a Armando y Román pienso que el puf que me dieron es cómodo y que no pagué por la cerveza que bebo. Tomo un puñado de papas y agarro la quinta botella de la hielera. Soy un rehén bastante holgado. Deportivo Temuco gana dos a cero. Doy las gracias a los anfitriones mientras pienso: todo lo que sé de fútbol lo sé contra mi voluntad. 

Alicia Vargas, fotografía cortesía de su archivo personal





Sangrar azul

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS GABRIELA MUÑOZ

El medicamento para el acné, en su instructivo, enlista la depresión como efecto secundario. El medicamento y el doctor, ambos, te advierten “no te embaraces”; las instrucciones te muestran un dibujo de un feto con el cráneo deforme. El medicamento dice *depresión*, pero aun así te lo tomas durante meses. Padesces todos los efectos secundarios del manual: resequedad en los ojos, ronchas en el cuello, cansancio al realizar actividades físicas, alergia a las nueces, debilidad, labios partidos. El medicamento dice *depresión*.

Pasé días sin querer salir de mi casa. Tampoco lo necesitaba porque ya no tenía trabajo, y mis hermanos, con quienes vivía, sólo estaban pendientes de sus propias vidas. Mis amigos estaban demasiado felices o demasiado



inconformes como para pedirles su atención. El medicamento indica “hágase un estudio hepático antes de comenzar el tratamiento”. Mi dermatólogo no lo encargó, pero sí recalcó “no te embaraces”, porque la vida de mi bebé hipotético era más importante que la posibilidad de que mi propio hígado fallara. “No tome bebidas alcohólicas”, advierte el medicamento.

El medicamento decía *depresión*. Había días en los que ni siquiera quería despertar. Yo siempre creí que la literatura era mi motivo para vivir. En esos días, ni siquiera tenía ganas de caminar al librero.

*

Crecí con pavor a los balones. Mi escuela primaria era una fallida adaptación arquitectónica de una antigua casona, en la que el patio funcionaba como cancha. La tiendita se encontraba en uno de los extremos, bajo una palapa de palma. Sus postes cumplían un cometido doble: el funcional, de sostener la estructura para la sombra, y el segundo, que siempre me pareció antinatural, era que fungían como portería. La hora del recreo era, más que recreación, un ejercicio de esquivar pelotas y niños encarrados. Correr. Un balón rozando por un lado. Risas de niños. Correr con las manos protegiendo la cara. El golpe del balón en la espalda baja. Encogerse.

Primero fue el miedo, después la justificación. El miedo llega con lo desconocido o con lo incontrolable. Para mí, esas figuras esféricas eran conocidas, pero indeseadas y, sobre todo, incontrolables. Todos los golpes y esquivos hicieron que mi interés por los deportes fuera nulo.

*

En Argentina no se dice irle a un equipo, se dice soy de tal o cual. Soy de Boca, soy de Ñuls, soy de Mitre. Viví en ese país durante cinco meses y mi último día, antes de regresar a México, coincidió con la final del Mundial de 2014: Argentina contra Alemania. Salí muy temprano de mi hotel en Buenos Aires, que estaba sobre la avenida 9 de julio, porque quería conocer el Teatro Colón. Cuando salí, una masa se dirigía hacia el Obelisco y un grupo de desconocidos me jaló con ellos para ver el partido en algún parque mientras tomábamos Fernet con Coca. En ese momento me di cuenta de que la ciudad estaba sumida en la fiebre del fútbol. No existían los teatros, no existían los cines. Los restaurantes eran salas para ver el fútbol, la familia eran meros acompañantes para ver el fútbol.

Llegué con estos desconocidos a una plaza de cuyo nombre no puedo acordarme, donde tenían pantallas de tela para proyectar el partido. Estábamos muy atrás, así que no veía nada. El partido comenzó y yo seguía sin ver nada. Las personas alrededor tampoco alcanzaban a ver las pantallas, así que se generó una especie de teléfono, pero muy compuesto, de

emociones en el que sabíamos qué sentir según los respiros o quejidos de aquellos que estaban lo suficientemente adelante para ver el partido en primera fila. Después de un tiempo, no soporté que mis reacciones estuvieran subordinadas a las de los otros, así que salí de ahí para generar mis propios quejidos y respiros. Al caminar por las calles desiertas, me percaté de que el resto de la ciudad tampoco existía, era un recipiente vacío que sólo se llenaba de exclamaciones a medida que continuaba el encuentro. Caminé. Sólo había silencio, de vez en cuando otras personas perdidas que parecían buscar la misma respuesta: ¿cómo va el partido? En una esquina, presionado contra la ventana de algún restaurante, había un grupo de personas intentando ver lo que fuera a través del vidrio.

Decidí regresar a mi hotel. De repente, un grito me envolvió porque surgió de todas partes. Sonaba como *gol*. Un par de desperdigados, ciegos ante los acontecimientos del momento igual que yo, gritaron gol en la calle, nos gritamos gol unos a otros a pesar de no haber visto nada. Quizá sea un cliché, pero la ciudad estaba respirando a un mismo tiempo. Llegué al bar del hotel y el marcador seguía cero a cero, me dijeron que había



sido un fuera de lugar lo que anuló la anotación. La ciudad exhaló al unísono todo su oxígeno cuando Messi falló un tiro libre. La ciudad implotó cuando Alemania ganó uno por cero.

En la noche fui por un sánduche a un localito cercano de San Telmo. Cuando estaba a punto de terminar de cenar, tuvieron que bajar la cortina metálica del restaurante porque los hinchas habían comenzado a destrozar calles y negocios. Esperamos ahí dentro mientras escuchábamos afuera los choques de cosas con otras cosas, de objetos con ventanas, de botes de basura con puertas. El crepitar del fuego a lo lejos era inaudible, pero también estaba allá afuera.

En Argentina escribí esto:

“A México en el Mundial”

Todo lo que entiendo del futbol, lo aprendí de un libro de Etgar Keret que decía que irle a un equipo, cuando ganaba —y aquí no se dice *irle*— era como pedir un deseo que después se te cumplía.

Eso que entiendo del futbol no lo aprendí en la cancha ni mucho menos en la tele. En la cancha no porque los carteles de los hinchas no me dejaban ver el partido —euforia infundada, natural, inmaculada—, ellos siempre cantan aunque no vean ni madres. Y en la tele tampoco porque nunca lo veo porque veo a otros verlo, o a las cervezas o a las papas.

Qué ridículo aprender del amor mediante un libro aprender cualquier cosa de un libro sin salir, verlo sin la mediación de una pluma pero incluso yo me medio a mí misma para entenderme y recordarme y saberme así, en un café para fumadores escribiendo sobre futbol con el canal de deportes a mi espalda sin que me interese verlo ni saber quién jugó hoy o ayer —siempre está jugando alguien—, pero volteo de vez en cuando para disimular mi yo-sola-conmigo-mismidad.

En unos cuantos días me pondré la camiseta y estaré atenta al tuitter

(de todo me entero leyendo)
para pedir un deseo que se sabe incumplido de antemano.

*

De niño mi papá era fan del Cruz Azul y su tía de la iglesia. Su tía era tan fanática que si llegaban tres minutos tarde a la misa —o, como a mi papá le gusta contarlo, si llegaban “en el nombre del Hijo”— se quedaban a la siguiente porque debían escucharla completa. Eran los años setenta, la época de oro del Cruz Azul, y mi papá lo único que quería era salir corriendo de la iglesia para poder ver a su equipo. Ya de adulto su afición era para los Cañeros de Los Mochis. Su fanatismo era tal que, si el equipo perdía, se enojaba, se entristecía, no podía comer. La suerte del equipo se confundía con la suya. Mi papá cuenta que un día iba caminando por el centro, después de una racha particularmente mala, con ese sol que en el norte siempre brilla aunque sean meses invernales, pero para él había sólo oscuridad. Andaba por esas calles calurosas, sumido en la miseria, cuando de repente escuchó unas risas tan estrepitosas que lo hicieron dejar de ver el pavimento y dirigir su mirada hacia el interior de un restaurante de comida china. Ahí, como si la suerte estuviera en la mesa con ellos, estaba el equipo de los Cañeros. Su primera reacción fue pensar “¿Cómo se atreven a comer comida china y reírse como si no pasara nada?”. Le costaba trabajo creer que el resultado del juego no hubiera afectado la vida de aquellos que habían estado en el campo: si él sufría la derrota, cómo era posible que ellos no. En ese momento, cuenta, fue como si la neblina se elevara y lo abandonara para siempre. Su conclusión fue que no podía importarle más a él que a los mismos deportistas, y que si ellos podían seguir con su vida, él también. Desde entonces, sigue los partidos desde una distancia cómoda, no camina con la cabeza agachada después de una derrota y su apetito se mantiene intacto. Aunque de vez en cuando, cuando un pitcher permite carreras para que el otro equipo empate o tome ventaja, mi papá suelta frases como “pendejo, no sabe hacer su trabajo, ¡aventarlos a un canal deberían!”.

Mi papá nunca me llevó al estadio de niña, fue algo que reservó para su hijo varón. Habría querido que hubiera compartido ese gusto conmigo. No, el deseo es retrospectivo: en ese entonces, el cosquilleo del golpe de un balón duro y naranja perfectamente alineado a mi cara se sentía muy cercano.

*

Durante mi tratamiento para el acné enfoqué mi atención al beisbol. Me caían bien los Dodgers, quizás por coincidencia o porque su color azul reflejaba la pasión infantil de mi papá, pero, a lo mucho, era un seguimiento

casual. En el beisbol, hay 162 partidos al año, más *play-offs*; hay semanas en las que no tienen ni un día de descanso, así que fue fácil convertirlo en un pequeño motivo para levantarme. Si el juego era a mediodía, despertaba temprano. En los escasos días de descanso, extrañaba mi distracción. Había juegos que se alargaban y duraban cuatro o más horas, y yo me sentía agradecida. No era sólo una forma de pasar el tiempo, sino que al verlos algo se resolvía diariamente. En el beisbol no existen los empates, se agregan las entradas necesarias hasta que un equipo gana, así que nunca queda el sentimiento de inconclusión. Más allá de levantarme todos los días y hacer algo, los Dodgers me permitieron pedir un deseo que algunas veces se cumplía. Más allá de que ganaran o perdieran, sentía que una pequeña parte de mi mundo había adquirido sentido ese día.

El beisbol es un deporte apropiado para la desolación, es largo y constante. Ese año los Dodgers tuvieron momentos muy malos y estuvieron a punto de tener el peor récord de su división. No sólo me sentía acompañada en mi miseria, también era capaz de reunir fe en que le darían la vuelta —y *fe* era una palabra que parecía imposible para mi propia vida—. Cuando comenzaron a ganar juegos al hilo, sentí que las cosas sí podían mejorar. Cuando ganaron la división, después de un juego extra de eliminatoria, pensé que se podía salir del fondo. Cuando llegaron a la Serie Mundial me dije a mí misma: tal vez este año de mierda pueda acabar bien. Mis deseos por el equipo se entremezclaron con los deseos que tenía para mí y fue refrescante sentirme merecedora de todas las alegrías del mundo. Los Dodgers no ganaron la Serie Mundial en el 2018. El deseo no se cumplió, el destino no se completó. Pero no te puedes deshacer de lo que alguna vez te salvó aunque ya te encuentres en tierra firme.

Dicen que una persona necesita diez mil horas para hacerse experta en algo, pero desconozco si alguien ha investigado cuántas se necesitan para amar algo de tal forma que se sienta inseparable. Ese año pasé más de 400 horas frente a una pantalla aprendiendo el juego, conociendo a los jugadores, sintiendo desde las tripas la esperanza de que me dieran una pequeña alegría. Qué acertado el *slogan* del equipo el año que siguió: *LA bleeds blue*, yo también sangro azul.

Recuerdo a los destructores aquella noche en Argentina, que en ese momento me parecieron unos salvajes, y ahora pienso, ¿cuántos de ellos habían puesto todos los deseos de los que eran capaces en ese instante en ese resultado? ¿Qué tanto eres capaz de destruir cuando sientes que lo único que tienes te ha fallado?

No soy villamelón

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS ARTURO MOLINA

Ya lo dijo San Agustín hace cientos de años: “Grande eres, Señor Futbol, y muy digno de alabanza; grande es tu poder, tu sabiduría no tiene límite / Y quiere alabarte un hombre, parte insignificante de tu creación, y un hombre que por doquier lleva consigo su mortalidad, que por doquier lleva consigo el testimonio de su pecado, de su pecado más grande: haberle ido al América”.

“Águi-las a ga-nar”, me escape la inevitable reproducción automática del tráiler en Netflix: *América vs. América* se titula la sugerencia; un ataque de gritos y colores amarillos se apoderan de la pantalla. Me resisto: esta vez no, Televisa, esta vez no, malditos, esta vez no caeré en sus engaños, ya me lo hicieron de niño cuando me chuté las películas de *El chanfle*.

Consigo llevar a buen puerto ese mantra y me brinco no sólo la sugerencia, aun mejor, me cambio de plataforma.

Quizá, más que negarme a consumir algo que gira en torno a la mayor creación de Televisa, algún eco de culpa se asoma, aquel secreto profundo que resguardo en los resquicios más lúgubres de la memoria. Y es que a pesar de mi fidelidad actual hacia los auriazules Pumas, algún día coreé los goles del América y, en algún partido de primaria, extendí mi brazo izquierdo hasta la tribuna y angulé con el derecho un ala de Cuauhtémoc Blanco para festejar un gol.

El mantra tiene la misma fortaleza que mi carácter adolescente, así que se rompe y algunos días después de esa primera invitación le doy *play* a la serie documental.

Primeros años

Mi temprana afición al América puede deberse a que mi primera figura de autoridad fue mi abuelo, antiamericanista recalcitrante, a tal grado de que algunas de sus

últimas palabras audibles, una vez postrado en el hospital, fueron “no, yo no le eché porras al América... porque odio al América”, ante la provocación de un primo águila. Quiero pensar que ese ente sublevado que nos habita encontró, en la filiación azulcrema, la primera manera de confrontar al padre —mi abuelo— a través del futbol.

Si hasta los siete años tenía casi todos los uniformes de los equipos y todas las banderas (con excepción, claro, de la del América), al tomar mi propio camino comencé a acumular infinidad de productos amarillo-yazul, como la que recuerdo con más cariño: un águila de peluche, con alambres internos para que se pudiese enredar en cualquier lugar y que me compraron (tiempo después supe que no lo habían comprado sino robado) mis primos en el estadio Azteca con tal de que no los acusara con mi tía de que se la pasaron tomando cerveza. A la fecha recuerdan que lo primero que hice al llegar del estadio fue decirle a mi abuelo, trabado de emoción, que viera el águila que me habían comprado mis primos para no decir que estaban bebiendo...

Durante los años siguientes, hasta los 13, mi entusiasmo por coleccionar afiches y chuchulucos creció hasta hacerme Socio Águila, travesura que pagaba con mi beca de la primaria cada mes en el recibo de Telmex, a cambio de la revista en la que encontré parte de mis intereses primigenios en la Historia, enfocada, por supuesto, en las glorias pasadas, en las narraciones añejas de grandes épocas. ¿Habré aprendido entonces a padecer la melancolía de lo no vivido?

Villamelón

Antes de la Independencia de México nació en España un término, ya en desuso, que vendría a ser el predecesor de *memo*: *melón*, es decir, tonto, bobo. Si alguien no daba muestras de lucidez o si mostraba indicios de

tener que leer las instrucciones del champú antes de usarlo, se le decía que era un melón, ¿y de dónde podrían venir estos personajes?, por supuesto, de Villamelón.

Gracias a un cronista taurino de finales del siglo XIX, el término tomó otros derroteros y se consolidó como referencia a los neófitos de un tema que presumen conocer más al respecto, acaso con la finalidad de engañar a uno que otro incauto. “El rasgo característico de los de Villamelón, es querer hablar de todo y entender todo, sin haber estudiado nada”, escribió Antonio Peña y Goñi, bajo el seudónimo de Don Jerónimo, en la revista taurina *La Lidia*.

En una tergiversación imposible de rastrear, en México también comenzó a utilizarse para señalar a cualquier neófito en la materia, ya no sólo si quiere aparentar un conocimiento que no tiene; más específicamente, lo he llegado a escuchar para quienes no profesan una religiosa afición por tal o cual deporte, sino que pueden disfrutar de uno o de otro, sin apoyar a un equipo en particular.

Cuando en 2004 la Hugomanía asestó los corazones universitarios, mi mente comenzaba a suplir los intereses americanistas por la falacia estructural que nos hace pensar que los Pumas representan de verdad a la UNAM. Mi padrastro, un férreo americanista, también se entusiasmó con la llegada de Hugo Sánchez aunque no fuera a su equipo, y fueron raras las ocasiones que nos perdimos un partido.

La apoteosis llegó con el primer título que, a la postre, se convertiría en bicampeonato, una final trepidante contra las Chivas que se decidió en la tanda de penales, una estampa indeleble en mi memoria aquellos brinquetes del portero Sergio Bernal para festejar con sus compañeros tras el pelotazo indiscriminado de Rafa Medina que se perdió en la tribuna. La final la vimos en un local cerca de la casa de mi abuelita, yo traía conmigo una bandera de los Pumas que me había comprado el abuelo años antes y salí de allí ondeándola. En la entrada del edificio un vecino, también americanista, me vio con decepción y sentenció: pinche villamelón. No



Wilstermann vs. San José, 15 de agosto de 2021, estadio Félix Capriles



Los Gurkas, curva sur, barra del Wilstermann

sabía yo que en aquella sentencia vendría la profecía de un destino marcado por la falta de patriotismo o, quizá, un patriotismo excesivo y dúctil que permite la entrada en el corazón de cualquier color o bandera.

En la primera infancia, antes de militar en las filas azulcremas, un día utilizaba el uniforme del Santos, otro el del Necaxa, después una playera del Cruz Azul y así dependiendo, quizá, del estado emocional en el que estuviese, jornada tras jornada. Por aquellos días, quienes atendían el puesto de jugos afuera del edificio donde vivía (tiempo después venderían tortas también, Tortas el Azul, aprovechando la cercanía con el estadio) me decían, no sin un dejo de enfado, que era un villamelón por traer playeras distintas, por ondear todas las banderas. Era divertido ver los partidos con mi abuelo (siempre y cuando no fueran del América) porque durante el transcurso del primer tiempo decidíamos a qué equipo le iríamos y entonces cada quién tomaba su bandera. La falta de memoria y de mi abuelo puede que tergiversen esto, pero estoy seguro de que, bajo mi

propia conveniencia, yo podía cambiar de equipo en el medio tiempo.

A donde fueres ponte en contra de lo que vieres

Mi familia paterna es boliviana. Un 90% de ellos son seguidores del Oriente Petrolero, que es el equipo de Santa Cruz. Afirman que se trata de una herencia de mi abuelo, quien trabajó durante décadas para Yacimientos Petroleros Fiscales Bolivianos, aunque nunca he visto fotografía alguna donde él porte la playera del Oriente ni donde esté coreando en el estadio.

Su contraparte futbolera es el Blooming, rival acérrimo de la misma ciudad. La primera vez que viajé al país tenía ocho años y, tal vez apelando al sentimiento de desapego paterno, volví convertido en un hincha del celeste Blooming. A pesar de que nunca conecté con los colores, sentía un gusto exquisito en llevarle la contraria a todos mis primos y tíos. Todavía hace unos años, cuando viví en Bolivia, fui al estadio a gritar los dos goles

que los celestes le pegaron a Oriente Petrolero, rodeado de primos furiosos y una afición que por nada me saca a golpes. Es que algo de americanista debe quedar en mí: en el documental afirman que el América es el villano por excelencia; así ha forjado su mito y es parte de su éxito comercial.

No obstante, una vez avanzada mi estadía en el sur, supe que no conectaba siquiera con Santa Cruz, ciudad húmeda y calurosa y, en cambio, Cochabamba, situada en el valle, fresca, montañosa y donde registré mi partida de nacimiento boliviana, me abrazó como si hubiese vuelto a casa después de muchos años. Aunado lo anterior al rojo intenso del Wilstermann, no pude evitar una nueva reconfiguración de mi fanatismo y supe que aquél era en verdad mi equipo y el estadio Félix Capriles, un segundo hogar.

Cambiar de mujer, no de equipo

El romántico Eduardo Galeano —a quien, amor aparte, le profeso un profundo respeto y admiración— tiene entre sus filas una cita contundente: “En la vida, un hombre puede cambiar de mujer, de partido político o de religión, pero no puede cambiar de equipo de fútbol.”

¿De dónde viene entonces el amor por un equipo? ¿Es algo inalienable? ¿Tiene más altura moral quien sigue con un equipo toda su vida? ¿Cuánto más que el esposo fiel a su mujer? Cada mundial los mexicanos son seguidores de Brasil, Italia, Argentina, Francia o alguna otra nación que sí prometa llegar a las finales, todos tienen un equipo de respaldo y nunca he escuchado a nadie ser señalado como un villamelón.

¿Sería villamelón aquel que odia al América, pero también guarda especial rencor por, digamos, el Tigres? Una compañera de la preparatoria —a quien no conocí dentro de las instalaciones de la escuela, sino en el estadio de CU—, a pesar de vivir rodeada de familia cruzazulina, se inclinó por los Pumas. ¿Fue para confrontar al padre? Ella asegura que fue por un instinto innato, pues un día se le ocurrió decirle a su papá que la llevara con la porra de Pumas y desde entonces algo la atrajo.

Ella misma cuenta que, junto a su padre, disfruta ver los partidos del América, no por una afición secreta, sino porque gozan sus derrotas. En lo personal, me pasaba

con el Tigres durante la gestión del “Piojo” Herrera, a quien no soporto, y me pasará, seguramente, con el equipo al que llegue a dirigir.

Pero no intento definir esta fidelidad porque quién soy yo, no un villamelón, eso lo tengo claro, porque el villamelón es quien profesa conocimiento que no posee. Tampoco puedo defender la hipótesis de Galeano, pero acaso él sentenciaba lo de la mujer y el equipo porque cambió dos veces de esposa; yo solamente una vez de equipo, por país.

Identidad

Memo o Memín, como le llama su esposa Amalia, fue el más molesto de mi transición Puma. “Eso es ser villamelón”, me repetía indignado, con pequeños bufidos. Durante más de diez años cada que iba a comprar o, incluso, cada vez que pasaba cerca del puesto de quesadillas (las mejores cercanas al Estadio Azul, comercial aparte) me preguntaba, no sin sorna, “¿qué, todavía eres gatito?”, para defenestrar aún más la decisión.

Hace unas semanas fui a visitarlo, a decirle que no soy villamelón, pero también a saludarnos e intercambiar carcajadas. Ya es más de la mitad de mi vida que destapé mi verdadero cariño por el equipo de los Pumas y parece que me perseguirá por el resto de mi vida, quizá con más tenacidad que los divorcios que acompañaron a Galeano. El hermano de un tío me decía El Efervescente, “porque hace como que es Puma”, y todavía lo evoca en cada oportunidad.

Según el portal Sport Five, el 50% de ingresos de los equipos, tanto de productos como de boletaje y demás afines, proviene de los llamados “villamelones”, aficionados de ocasión que muchas veces brincan de aquí para allá en busca de una identidad, ¿y cuántos no brincamos del emo al punk, del rock al guapacheo en la misma búsqueda? Ese 50% son quienes saturan taquillas y compran las playeras del equipo Recién Campeón.

Este fragmento de Rogelio Roa, en *Mediotiempo*, refiere a esa época de Hugo Sánchez y la Pumamania: “A mi juicio, los Pumas sin quererlo se han convertido en una marca que de manera innata atrae jóvenes en busca de identidad y los cuales encuentran en el equipo



una manera de pasarla bien, de tener tema de conversación en una reunión y hasta de orgullosamente decir 'soy puma'. Esto me parece que no es excluyente para que los auténticos fans del Universidad sigan siendo la pieza clave dentro de los consumidores de la marca. Por otro lado, entiendo que los fans de Chivas y América reclamen esta especie de Puma-manía", y si hay un país donde abunda esta especie llamada villamelón es nuestro México.

Bienvenidos a Villamelón

Tengo un tío que, al desaparecer el Toros Neza F. C. continuó su tradición familiar y se consagró Chiva. Bajo los términos de mis detractores, ¿es él un villamelón? Lo vi emocionarse con el campeonato de 2004 y después cuando Toros Neza estuvo a punto de regresar.

No obstante, su emoción no alcanza los lindes de mi euforia en los campeonatos que me ha tocado vivir: el bicampeonato de Hugo Sánchez y las posteriores copas de 2009 y 2011; pero también los del América en 2002 y 2005 (con un Cuauhtémoc por fin coronado

con el equipo de sus amores). Y para continuar mi cinismo, al repasar las grandes épocas americanistas en el documental, pude llegar casi al llanto al ver al poderoso América de los ochenta y, peor aún, al revivir la final de 2013 contra Cruz Azul, un partido vibrante y que, hace nueve años, no me provocó el paroxismo de esta vez. Un juego de volver al origen, de negar el origen.

Propongo entonces, si se empeñan en decirnos así, resignificar y reivindicar a los villamelones, ya no más villatonto, no más defenestrar al villamelón porque sí, algo tenemos de convenencieros, pero de tontos nada. El villamelón, ya lo dije antes, sí es quien no conoce de un tema y busca marear incautos. Pero, si los detractores se empeñan, Villamelón sería el paraíso de los aficionados románticos, no de un romanticismo al estilo Galeano, de fidelidad irrestricta a un club, sino del sentimiento por la emoción misma. En Villamelón todos son bienvenidos, nadie es juzgado, no importa que no cambies de equipo, no importa que por lo bajo disfrutes el triunfo de otro equipo. Aquí es el paraíso de los pamboleros, favor de mantener manos y piernas dentro durante todo el recorrido. 📍

Herencia

LUIS FERNANDO RANGEL

Nací el día en que un futbolista falleció
y Dios me condenó a ser pésimo con la pelota.

La Calaca González jugó para mi equipo favorito
y para la selección nacional.

Anotó un gol en el mundial del setenta,
cuando mi padre jugaba en la plaza pública
un partido de béisbol
e hizo el jonrón más hermoso de la vida.

Ese día la Calaca González anotó un gol
que pasó al olvido
como el jonrón de mi padre,
como pasará al olvido
este poema.



Jugando sin genitales

ADRIANA ZÁRATE

La diferencia es que los varones juegan desde los seis años sin parar y las mujeres lo están buscando desde los seis años, y lo encuentran a los veinte.
Mujeres con pelotas [Documental]

Brenda Pichardo Hernández
De la serie *Sudor y goce*

El fútbol es un deporte sencillo cuando se juega con el alma. Los pies pueden ser un poco torpes o los más ágiles, pero al final gana quien le pega más duro, quien corre más rápido, quien resiste las cargas, quien aguanta los golpes y acumula cicatrices, y sí, quien mete más goles. Pero cuando creces en un entorno en el que no puedes pegar duro porque en “tu naturaleza” no existe la palabra pegar; no corres más rápido porque “ese cabello no se ve bien alborotado”; no sabes qué significa hacer una carga ni se te permite acumular cicatrices porque “a nadie le vas a gustar con las piernas así”, entonces no sólo no puedes meter goles, sino que ni siquiera puedes aprender a jugar con el alma, y entonces nada, ni el fútbol, es sencillo.

Éste es un breve relato sobre el fútbol que he vivido. No de cómo llegó a mi vida, sino de cómo lo busqué y, efectivamente, lo encontré. Nací en el barrio, pero no lo viví ni lo recorrí durante toda mi infancia y adolescencia, sino hasta que regresé a vivir en él en mi adultez. No supe si ahí se jugaba o no al fútbol, ni cuáles eran los puntos de encuentro o las calles predilectas para echar cáscara, a pesar del adoquín y su irregularidad. Tampoco nací con el balón bajo el brazo, como si fuera una extremidad más que los doctores buscan en los bebés recién nacidos con sexo masculino. No fui al campamento de fut desde los seis años ni me uní al equipo de la escuela porque no había equipos para niñas. “Las niñas no juegan a eso”.

Muchas veces deseé haber nacido hombre, lo que sea que eso signifique, porque sin importar que tuviera seis, 15, 18 o 23 años, sin pruebas pero tampoco dudas, sabía que de haber sido así podría simplemente ser, estar, hacer la vida... y también hacerle al fútbol.

Crecí sin ningún tipo de estímulo exterior en el que la idea de una mujer futbolista existiera. El fútbol de mujeres no habitaba el imaginario de casi nadie que conociera y era impensable ver un partido nacional femenino transmitido por televisión. Tampoco conocía a otras niñas que jugaran,

ADVERTENCIA: Para ordenar este relato opto por hablar desde la ausencia y la prohibición, para continuar con la emoción y la dicha, y así terminar con la lucha constante. Este relato es mío y puede ser comparado y compartido, pero nunca dejaré de hablar sobre mí. No espero narrar ni simplificar la lucha de todas en este deporte; lo que sí espero es que alguna pueda sentirse acompañada si es que llegó de una forma similar a las canchas y nunca más quiso volver a salirse de ellas.



menos que desearan jugar. Era como si el tema estuviera restringido en función de una lógica basada en algo muy extraño: los genitales.

A los 11 años llegué a creer que los genitales impedían realizar muchas tareas, que las vaginas podían ser más incómodas para jugar que un par de testículos. Esa creencia se reforzaba en el patio de recreo cuando los compañeros hablaban de las “sin pito” que “sólo estorbaban en la cancha”, o cuando los profesores de educación física decían que “las niñas se veían mejor aplaudiendo y gritando que jugando”. Nunca terminé de entender el razonamiento que subyacía a esos comentarios porque, en definitiva, mi vagina no me impedía correr ni brincar ni empujar, mucho menos ganar. Creo que fue a los 15 años cuando entendí que realmente los genitales no impedían hacer lo que sea que una quisiera, como jugar fútbol.

A los 18 comencé a jugar en equipos mixtos en los que las mujeres figurábamos como parte de una cuota que llenar. La mayoría llevábamos muy poco tiempo practicando, otras no habían pateado un balón en su vida, pero al final, según ellos, seguíamos sirviendo para estorbar, y eso hacíamos. Un buen día nos cansamos de ser utilería y creamos nuestro



propio equipo para aplastar su cochina cuota. No ganamos contra ellos, pero para nosotras sí hubo un triunfo.

En ese momento lo más difícil era saber que yo no era mala y que, de hecho, podía ser buena, tanto o mejor que “un hombre” o, dependiendo de quién quisiera opinar al respecto, muy buena “para ser una mujer”. Pero no importaba porque las condiciones estaban puestas para que nunca pudiéramos acortar la brecha de desventaja ni pudiéramos estar en un mismo nivel de juego, porque cuando yo, apenas a los 18, me sentía libre para experimentar y jugar algo que después me parecería apasionante, muchos lo habían hecho desde hacía años sin siquiera buscarlo, les era algo dado, designado, obligado. Además, lo esperado en este campo era no esperar nada de mí porque, de nuevo, tenía los genitales equivocados.

Poco tiempo después mi experiencia cambió porque empecé a tener contacto con morras que disfrutaban y amaban jugar fútbol, que lo hacían muy bien y que era parte de su cotidianeidad. Me di cuenta de que en mi ciudad

había una buena cantidad de equipos de fútbol femenino, sólo que nunca había estado en los lugares correctos ni cerca de mujeres que formaban parte de ellos. Hasta ese momento no sabía que había lugares en los que se esperaba que una jugara o, incluso, que pudiera hacerlo bien. En mi vida esa jamás había sido una opción; era lindo sentir que, por primera vez, algo podía ser distinto.

Creí que a este descubrimiento se le sumarían más cambios cuando, a los 23 años, llegué a un espacio académico de estudio y reflexión en el que las nacionalidades variaban y, por lo tanto, los contextos y las formas de pensar también. Eso y el fervor que existía por el fútbol prometían mucho, en especial porque era compartido sin importar la frontera que se hubiera cruzado para llegar a tierras mexicanas. Sin embargo, no contemplé que, aunque había superado algunas de mis condiciones más inmediatas, el mundo seguía siendo el mismo y, al parecer, los genitales seguían importando.

Desde que llegué a las aulas la primera pregunta que le hice a mis compañeros y compañeras fue “¿juegas fútbol?”. No fue sorpresa encontrarme con que los que respondían que “sí” eran los hombres, mientras que las mujeres apenadas me contestaban con: “siempre he querido, pero nunca lo he intentado”, “tal vez algún día me anime”, “soy demasiado torpe”, “no quiero hacer el ridículo”, entre muchas respuestas más. Así fue como cada jueves, durante un poco más de un año, jugué fútbol con mis compañeros en el área deportiva de la institución que compartíamos. Nunca logré que se sumara otra mujer.

A pesar de mi entusiasmo por jugar y de las ganas de tirar el estrés en la cancha para desahogarme de la cotidianeidad, el fútbol era más bien una lucha constante. Acostumbrada a jugar con hombres casi toda mi vida, desde el primer día supe que tocaba “ganarme” un lugar en la cancha; hubiera sido un engaño asumir que no era así. Tampoco era nuevo que no esperaran nada de mí, aunque lo que sí era nuevo era que yo esperaba mucho más de ellos.

Algunos compas parecían indiferentes a lo que colgara o no de entre mis piernas; sólo iban a jugar y no importaba quién integrara los equipos, mientras la pelota siguiera en el aire. Entre todo eso, la exigencia, la competencia y la diversión siempre eran parte del juego, si no ¿para qué jugarlo? Entonces, por unos momentos, la esperanza de que existiera algo distinto crecía y parecía que la historia de los genitales que me habían contado toda la vida no sólo tenía caducidad, sino que perdía todo su poder.

Pero la constante era otra. Parecía que, más que diluirse, la barrera se volvía a erigir, como si esa “inclusión” no hubiera sido más que una simple finta de la vida para que, en cualquier momento de distracción, te meta un caño, así, sin más. Las barreras se repetían, pero ahora con diferentes acentos, nacionalidades y formas: “Nunca había jugado con una mujer en mi vida. Eres la primera.” “¿Qué esperabas? Al final nunca va a dejar de ser cierto que vos sos mujer y que te tratamos diferente por eso.” “¿Te duele?

¿Querías jugar con nosotros, no? ¡Pues levántate, que no te duele y aquí no pasó nada!” “No puedo creer que me haya ganado una mujer.” “No se la pasen a ella, no va a meter nada.” “Siempre te vamos a exigir más, porque eres tú.”

A pesar de esto mi lucha por mantenerme en la cancha institucional seguía y el reclamo de un trato equitativo se repetía porque, aunque no nací con el título de propiedad de las canchas, creo que, como todo, la cancha es de quien la trabaja.

En ese espacio que intenté compartir con ellos me di cuenta de que las cosas podían ser más duras. Tanto así que en ese lugar en el que convergían hombres de pensamiento de izquierda, derecha y centro de toda Latinoamérica, quienes no habían logrado articular puntos en común en sus posturas políticas sí encontraban la forma de coincidir con sus acciones y omisiones sobre cómo entender el fútbol, para quién es y, por lo tanto, para quién no.

Alguna vez pensé en renunciar y dejar de frecuentar ese lugar. Siempre he creído que hay espacios que vale la pena procurar, armar, desarmar y pelear; pero hay otros que simplemente no, y éste parecía ser uno de ellos. Después de cierto tiempo la pandemia llegó y las canchas cerraron sus puertas por una temporada más larga de lo que esperábamos.

A la par que todo eso sucedía en ese espacio académico, por azares del destino coincidí en el comedor de la institución con una mujer a la que logré contarles mis penas futbolísticas. No imaginaba que a partir de esa primera charla mi experiencia en este deporte cambiaría totalmente. Ella formaba parte de una red de mujeres amantes, jugadoras y conocedoras del fútbol que estaba integrada por morras de todo el país y de muchas partes de América Latina. La esperanza volvía.

Fue increíble conocer cómo mujeres académicas, activistas, periodistas y deportistas no sólo se organizaban para entrenar y hacer un buen papel en el juego, también se dedicaban a crear contenidos de difusión y de lucha para hacer un mejor fútbol para todas. Con ellas aprendí a gritar *¡Futbolista, hermana, aquí está tu manada!* y *¡No les vamos a dar ni un cachito de cancha, aquí están las feministas contra el machismo por la revancha!* Con ellas aprendí que el estúpido mito de los genitales era sólo eso, un mito estúpido.

Jugar fútbol en equipos que están integrados únicamente por mujeres es, en definitiva, una experiencia diametralmente distinta a la que tuve jugando en equipos de hombres o mixtos. Quitarme de encima la carga de “tener que ganarme el lugar” o de “demostrar que soy lo suficientemente buena para que me tomen en cuenta, aunque sea mujer”, me permite concentrarme en la cosa más importante de todas: jugar.

Ahora, a los 25 años, sigo en las canchas, junto con muchas otras mujeres que me acompañan y que han tenido una lucha similar o distinta. Somos mujeres que no tenemos que demostrar nada, porque a lo que



vamos a las canchas es a correr rápido, a resistir cargas, a aguantar golpes, a acumular cicatrices, pero sobre todo, a meter goles.

En las canchas de fútbol deberíamos encontrarnos siempre para luchar entre seis, siete u 11 personas, durante 40 minutos, una hora o tiempos extras, sin importar lo que cuelgue entre nuestras piernas. Pareciera increíble que aún estando en la segunda década del siglo XXI, y habiendo tantas críticas que le podríamos hacer a la industria del fútbol, la charla siga girando en torno a los genitales: esos que no elegimos al nacer y que, evidentemente, no impiden desarrollar una habilidad específica, un gusto, una afición, un sueño, nada. 📍



Salir del clóset deportivo

ISRAEL NICASIO

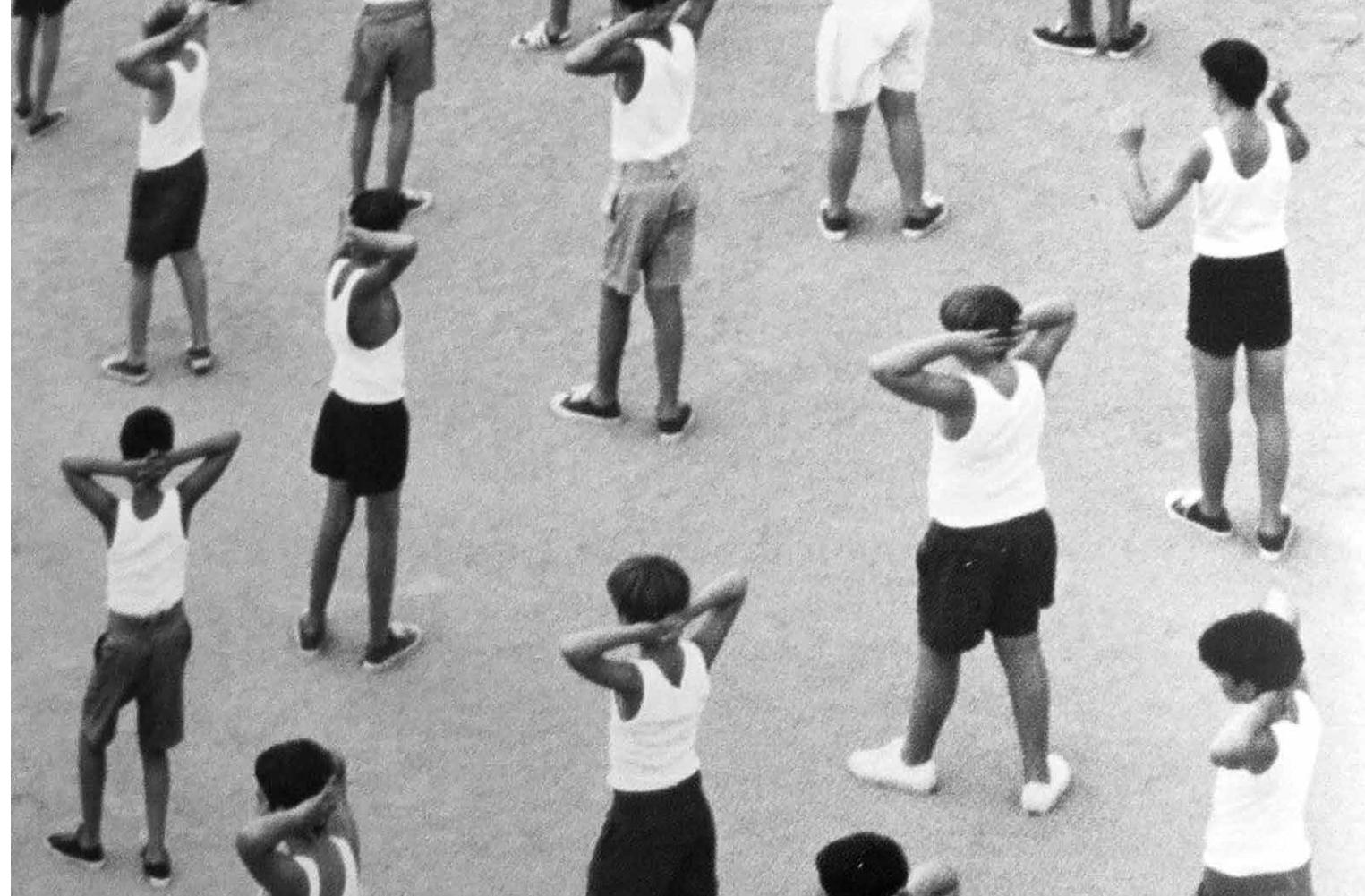
*[...] cierro los ojos
para que algo pueda brillar en mí
para que otros me encuentren
y me sigan [...]*
documental, Ángel Vargas

Suelo

Los primeros juegos olímpicos que vi por televisión fueron los de Atlanta 1996. Yo tenía nueve años, era un niño muy callado y solitario. Cada vez que encendía el televisor me emocionaba al ver las rutinas de los gimnastas, ya fueran de piso o en los aparatos. Mientras los veía en la pantalla me imaginaba compitiendo al mismo tiempo. Cuando la contienda se desarrollaba en un enorme gimnasio, yo lo hacía en la sala de mi casa. Cada salto y cada aplauso que los atletas recibían lo sentía como propio; cuando escuchaba el sonido de inicio de alguna rutina, mi cuerpo se transformaba en una máquina alimentada por el esfuerzo para girar. También celebré sobre una silla cuando los gimnastas recibieron las medallas en el pódium. Saludé como ellos. Me vi de pie recibiendo aplausos.

Años más tarde, en el 2003, cursaba el tercer semestre de bachillerato. Recuerdo con claridad el día que fui presa de la primera rechifla multitudinaria en un espacio público. Todos los que se encargaron de formar parte del escándalo eran hombres provenientes de familias conservadoras porque estábamos en una escuela de inspiración religiosa. Era casi medio día y debía pasar, junto con otros compañeros, al centro del auditorio en el que nos encontrábamos para apuntar mi nombre en una lista, ese día seleccionaríamos el deporte que practicaríamos todo el año.

La mayoría escogió fútbol soccer, el siguiente grupo se decidió por voleibol y el último, también numeroso, seleccionó baloncesto. Esas disciplinas eran las más populares entre la población estudiantil. Yo dudé más de diez segundos en ponerme de pie. Cuando estuve seguro caminé hacia el centro de la cancha. Elegí gimnasia olímpica. Fue una decisión complicada;



Isaleal. Gimnasia. CC BY 2.0

en ese mundo de hombres, practicar ese deporte y asumirlo públicamente era una cuestión de valor, una losa que casi nadie podía cargar. Los gritos no se hicieron esperar, tampoco las muestras de desaprobación y las burlas. Sabía que me había condenado por el resto del curso escolar.

Una de las primeras experiencias masculinas en contextos urbanos es la necesidad y exigencia de integrarse a un equipo sin importar del tipo que sea, aunque no resulte interesante su finalidad ni se disfrute estar ahí; el objetivo es encontrar seguridad personal y moral, no quedarse solo para no ser víctima de la voracidad que constituye la convivencia entre hombres y que consume a quienes no cierran filas o forman lazos en estructuras de poder. Así recuerdo la manera en que nos relacionábamos en esa escuela.

En el caso de los hombres, desde muy temprana edad somos alentados a practicar un deporte en equipo, el fútbol soccer. El recuerdo más lejano que tengo de esta invitación se remonta a los seis años. Cerca de mi casa se habían organizado competencias deportivas, todos los vecinos participaban y todos los niños estábamos invitados a integrarnos en ellas. Mis padres decidieron llevarme al campo de juego, los vecinos me insistían en formar parte de algún equipo para jugar el primer partido de fútbol de mi

vida; en el fondo intentaban “garantizar mi hombría públicamente”. Ante mi respuesta negativa, las miradas de preocupación y sospecha no se hicieron esperar. En ese momento no lo tuve claro, pero con el tiempo comprendí que todos temieron por mi posible “fragilidad”. También me señalaron. Mi padre, decepcionado, se acercó hasta el centro de la cancha, me tomó de la mano con fuerza y sin darme alguna explicación caminó conmigo hacia la casa.

Todavía tengo presentes algunos detalles de esa escena: yo, en shorts, con las rodillas sucias, tenis viejos, una playera color blanco; mi padre, alto como un árbol, portando un pantalón de vestir y zapatos negros; dos hombres caminando hacia la calle, alejándose de la cancha donde todos los demás se refugiaban entre un silencio que condenaba. “¿Me compras unos chicles, pa?”, pregunté tan fuerte como pude. “No”, respondió con frialdad y sin mirarme a los ojos. Ésa fue la primera vez que me supe parte de los que son rechazados por no afianzarse a un grupo de individuos. Ese día me sentí solo.

Caballo con arzones

La convivencia en un sistema completamente masculino, como en esa preparatoria que sólo admitía estudiantes varones, estaba basada en la fuerza y el silencio; todos se preocupaban por demostrar que merecían formar parte de esa institución y lo hacían cumpliendo preceptos que estaban en el aire, en el discurso acusatorio al que éramos sometidos al cruzar las puertas de los salones. Aunque no se hablaba de esa lista de puntos por cumplir, teníamos claro que fallar con alguno representaba perder poder en un terreno pequeño: los hombres no lloran, no se rajan, no cuentan secretos, no se traicionan; los hombres miden la fuerza antes que la posibilidad de ser corteses, los hombres destruyen, pero sólo lo hacen cuando la protección de un grupo los avala. Ésas eran las consignas que todos sabíamos sin necesidad de haberlas recibido en algún instructivo al comenzar el bachillerato.

Recuerdo las conversaciones de la mayoría de mis compañeros en las aulas: afirmaban haber tenido al menos un enfrentamiento a mano limpia y haber salido victoriosos. Me parecía raro que todos hubieran sostenido peleas en la secundaria o en algún momento del que nadie podía dar cuenta, pero del que todos se enorgullecían porque habían ganado. Numéricamente no me resultaba veraz. De haber sido así, todos los hombres que conozco habrían vencido a todos los hombres que conozco. No tenía sentido. Recreaban escenas donde eran cargados en hombros por haber demostrado que tenían la fuerza suficiente para enfrentar al mundo; lo decían como ensalzando su existencia, pero, al mismo tiempo, buscando protección. Gran parte eran mentiras fabricadas para tener aceptación, lo sabía porque muchos eran incapaces de mantenerse en pie durante algún

juego que implicara fuerza y destreza físicas, tampoco resistían un golpe, pero, como otro de los códigos masculinos aprendidos mandaba, no los podía cuestionar ni desmentir. Todos sabíamos que tendríamos que librar peleas constantes.

Los hombres juegan fútbol y en caso de no hacerlo su reputación se vuelve dudosa, sospechosa, cuestionable. Los hombres que se alejan del deporte que enmarca la forma de masculinidad aceptada se vuelven una especie de parias y, por consiguiente, objetivos de caza. Muchos de los compañeros eran capaces de volverse los acosadores más implacables con tal de demostrar que ellos jamás serían parte de los marginados en una comunidad temerosa ante cualquier muestra de diversidad.

Barras paralelas

Un año antes de elegir gimnasia olímpica participé en el equipo de voleibol, al igual que otros compañeros presas del miedo. No me sentía atraído por ese deporte, pero formaba parte de la población estudiantil que tenía temores incrustados en la voz y en los ademanes, incluso en el discurso. Aprendimos a mentir rápidamente. El objetivo era salvar una imagen de virilidad a costa de lo que fuera, aun si eso implicaba traicionar los ideales personales o la propia identidad. Cualquier deporte que tuviera como recurso principal un balón y trabajo en equipo era mejor que estar solo en una jungla en la que la violencia era el único recurso para sobrevivir.

Durante el bachillerato aprendí que el acercamiento masculino a la esfera social se da mediante la competencia o la búsqueda de dominación entre los vínculos. Aprendimos a relacionarnos mediante la imposición de la fuerza, las ideas y las actividades. Había una necesidad de hacer evidente la virilidad y de obligar a los demás a pasar por el mismo proceso para validar su pertenencia a cualquier grupo. Pude intuir que los centros educativos, junto con sus equipos deportivos, formaban una especie de incubadora en donde la hombría debía ser protegida frente a todo lo que la pudiera amenazar. Con esto entendí por qué era más fácil armar un equipo de fútbol que juntar gente para practicar gimnasia olímpica y que, además, se aceptara públicamente.

Nunca tuve claro por qué un deporte en donde el esfuerzo físico está concentrado en la exhibición y ejecución de movimientos sumamente precisos, como la gimnasia olímpica, fuera considerado como una afirmación de algo inferior a la masculinidad, y por qué otro en el que los hombres persiguen un balón, celebran tocándose entre ellos, casi enrolándose en juegos homoeróticos, se asumiera de inmediato como redentor de la virilidad. Nunca entendí por qué, sin saber el esfuerzo que conlleva ejecutar una rutina sobre las barras paralelas, los aros o el potro, las hordas de futbolistas en ciernes consideraban que tenían el poder para determinar quién estaba en un escalón más abajo en el ámbito público y deportivo.



Tima Miroshnichenko. *Gimnasta sujetando caballo con arneses.* Fuente Pexels

Salto de potro

Mientras caminaba hacia el centro de la cancha, los chillidos de los asistentes que se retorcían sobre las gradas me intimidaron. Cerré los ojos y deseé, con todas mis fuerzas, no estar solo. Volví a dudar antes de tomar el bolígrafo para confirmar lo que deseaba hacer. Hasta que mi nombre estuvo escrito en la lista de quienes querían practicar gimnasia olímpica me di cuenta de que no fui el único, más chicos tuvieron el valor de hacer el mismo recorrido, de soportar los gritos y burlas. Ellos también se enfrentaron al rechazo de la masculinidad que se bañaba de poder y de una extraña superioridad moral destructiva y dolorosa.

Los compañeros no tuvieron empacho en llamarnos “chulos”, “guapas” o “locas” sólo porque sí pudimos asumir que nuestros intereses no empataban con el modelo de hombría en el que ellos se escondían. Esos adolescentes le temían al mundo y a ser señalados, estaban dispuestos a inventarse una realidad en la que cupieran, aunque fuera por poco tiempo. Entendí también que muchos tienen un temor desmedido a ser vistos como incompletos o débiles y levantan barricadas para protegerse que terminan asfixiándolos.

En la mesa de inscripciones me di cuenta de otra cosa: las autoridades de la escuela (profesores, directivos y vigilantes) no hicieron el mínimo intento por detener el escándalo, tal vez lo disfrutaron, tal vez estuvieron a punto de sumarse a ese ritual de señalamiento.

Una semana después me encontraba practicando saltos y posiciones que me ayudarían a realizar las rutinas que me interesaron desde pequeño. Me había aceptado públicamente como diferente y ésa fue la primera vez que salí de una especie de clóset deportivo al que somos confinados los hombres. En ese lugar oscuro me encontré a muchos de los que días antes me gritaron y me señalaron; ellos se escondían con tanto cuidado que el simple hecho de saberse identificados los asustaba. En la escuela aquellos hombres envalentonados por la masa nos rechazaban, pero en la soledad de los vestidores nos buscaban con insistencia, con su mirada nos hacían saber que el fútbol los mantenía a salvo, pero que gustosos brincarían en el trampolín con nosotros e incluso nos besarían a escondidas, como sucedió meses después con dos integrantes del equipo de fútbol. Pude constatar que ellos serían capaces de derribar las murallas que habían construido sólo si les fuera posible vivir en otro planeta.



CONADE. Olimpiada Nacional 2016. Gimnasia artística varonil. CC BY-NC-ND 2.0

El cuerpo que uso pero no habito

ANA KAREN PÉREZ VEGA

La pretemporada estaba a punto de terminar y los campeonatos empezaban en enero. Los cinco meses con ampollas abiertas por los 2160 kilómetros remados, las 180 horas de gimnasio y las 142 desveladas parecían apenas un mal sueño de aquellos de los que se despierta con la sensación de no haber descansado.

Llevaba una semana con colitis, con la panza tan inflamada que me dolía caminar erguida; la intolerancia al queso y los gases eran como ecos contenidos que incrementaban la incomodidad con cualquier movimiento. Era evidente que la sintomatología coincidía con la típica reacción de mi cuerpo ante el estrés de las próximas competencias.

Durante las últimas semanas de diciembre se programa descender sólo un poco la carga de trabajo físico, se acaban las horas de pesas y únicamente hay sesiones en el agua; pero a pesar del entrenamiento acumulado las sesiones por la mañana nunca dejan de ser una odisea. Despertar 4:50 AM, vestirse con los brazos aún dormidos, bajar a la cocina, tomar del refri el termo preparado en la noche anterior, perder diez minutos buscando las llaves del auto. 5:20 ver a la ciudad despertar, conducir en la penumbra de los pisos asfaltados y mirar algunas almas entre el grisáceo vaho urbano esperar al primer camión de la ruta para de cualquier forma llegar tarde al trabajo. 5:45 llegar a Cuemanco, permanecer en el auto hasta dar los últimos sorbos de proteína en agua mientras el guardia de las instalaciones logra estar de pie para recorrer la reja del estacionamiento. 5:51 repasar el reloj tres veces con la esperanza de que al verlo el tiempo deje de seguir avanzando, resignarse. Salir del auto, caminar 300 metros hacia los hangares. 6:00 AM llevar las palas al muelle. 6:15 bote en el agua. 6:50 últimos metros de remar automáticamente o de calentamiento. 7:00 AM morir.

La pista mide poco más de dos kilómetros de largo, del muelle al punto de salida hay 200 metros de distancia; a lo ancho se delimitan ocho carriles diferenciados cada uno por boyas despintadas. A esas horas de la mañana es imposible percibir las bolitas amarillas a menos que las palas choquen temblorosas con alguna de ellas, pero a las siete el sol ya alumbraba y puedo ver al personaje que me grita indicaciones mientras me sigue con el rechinado de su oxidada bicicleta: “¡Estira, estira! ¡Control en la pasada!”



Derek de la Paz Rodríguez

El mejor *outfit* para esos días eran las playeras holgadas y las clásicas licras hasta el tobillo; si bien no podía librarme del bronceado que me dejaba remar dos veces por día, al menos podía reducir la exposición directa. De niña, cuando mi madre insistía en la importancia de hacer deporte y, más importante aún, que fuera el mismo para ambos y no tener que dividirse en las agendas, la natación fue la disciplina indicada. Mi hermano y yo comenzamos a nadar desde que yo tenía seis años, para los diez míos y ocho suyos tuvimos que mudarnos de alberca porque la renta de carriles en El Chayito era más barata y por “conveniencia de los entrenamientos”. Según el *coach*, una alberca olímpica nos daría mejor condición para la temporada. El tema era que esta vez no había techo: 50 metros de largo de sol incandescente. A los tres meses no tardaron en salirme marcas, mamá las definió como si alguien hubiese apagado su cigarrillo en mi espalda. No imagino el dolor de ese hecho, pero al menos mis manchitas escocían mi carne lo suficiente para convencer a mi papá de pagar la cita

con el dermatólogo. Alérgica al sol. Estupendo. Desde ahí vino una época de trajes de baño tipo buzo y óxido de zinc en cada centímetro de piel; ni con dos horas de alberca ni un baño posterior se me quitaba el ungüento blanquecino de la cara. Recuerdo que las pocas veces que papá pasaba a recogerme, tarde como era su costumbre, nunca faltaban sus comentarios: “¿Querías ser blanca, hija?, ya lo tienes”.

Ahora papá no viene ni de visita a donde entreno pero parece que sus comentarios piden boca prestada: “Te ves mas llenita, ¿estás controlando el peso?” “Sí, Paco, ando en eso”. Qué joda escuchar esa pregunta tres veces por semana, pero en esto de competir por categorías de peso la báscula se vuelve otra carga.

Estira, cuadra, clava, estira, cuadra, clava. Dicen que la natación es el deporte más completo que existe por la cantidad de músculos implicados en la ejecución. Seguramente quién lo dice nunca ha remado o es nadador. *Adelante en calma, atrás con fuerza.* En remo se necesita flexibilidad

Luis Eduardo Pérez Vega



de gimnasta, rapidez de velocista, potencia de halterófilo, resistencia de maratonista y técnica de bailarina. Con razón mi colitis nerviosa.

Sábado 15 de diciembre. La pista estaba llena. Los fines de semana, especialmente los sábados, todos los clubes entrenan a la misma hora y los carriles asemejan el tránsito de hora pico sobre Periférico. Hacer la bendita serie de 4×1000 metros a una boga de 28-30 remadas no era cómodo para la logística ni fácil para las piernas. Ese día fue el primero de algunos cuantos entrenamientos fallidos, de esos que sólo con pensar la serie principal me siento cansada y derrotada desde el calentamiento. Lo asumí. Terminé con la ronda para aflojar y llevé el bote al muelle. De por sí, cargar la embarcación después de 20 kilómetros de remo suele ser pesado, pero ese día el pellizco en la pierna me hizo vacilar al sacar el bote del agua. Como pude lo acomodé en las ménsulas y regresé por las palas.

“¿Cómo va la pierna?”, preguntó Paco al verme presionar ese punto entre el huesito ilíaco y el isquion.

“Aún duele”, contesté con vergüenza. Después de la serie mal hecha no tenía derecho a quejarme porque podría interpretarse como excusa.

“¿Estás cumpliendo con las terapias?”, Sí, ya las terminé.

Martes 18 de diciembre, segunda sesión. Por lo general, después de cubrir los kilómetros importantes del entrenamiento durante la primera parte del día, las segundas sesiones se utilizan para ejercicios complementarios y para sumar distancia de fondo. Ese día, antes de entrar al agua, nos recetaron unas series de planchas con 30 repeticiones de bisagras entre cada una. Serie dos repetición 21: el piquete de dolor en mi cadera corre hasta el femoral.

Domingo 30. Sesión de fondo. 16 kilómetros a 150 el pulso. Otra vez el piquete.

Jueves 3 de enero. Primera sesión. Dolor agudo en pierna izquierda durante el estiramiento de apertura de cadera.

Lunes 7. Regresan las náuseas y la distensión abdominal.

Viernes 11 de enero. Evaluación Sub23 para el selectivo nacional. Test de una hora en remoergómetro. Por fortuna, las pruebas requeridas por la Federación Mexicana de Remo no están estipuladas como competencias oficiales, por lo que no tenemos que usar el uniforme del equipo, no hay posibilidad de medalla al final de la prueba, permiten el uso de aparatos electrónicos para escuchar música y, lo mejor de todo, no hay público presente más que los interesados con sus respectivos entrenadores. Toda esta serie de factores hizo más llevadero el estrés que implicaban las pruebas, incluso podría decir que llegué a disfrutarlas. Muchos dicen que las evaluaciones de selección y las competencias en general requieren un grado de concentración importante por parte del atleta, pero yo descubrí que justo lo contrario me funciona más, la desconexión absoluta.

Para esto necesito mi reproductor de canciones tipo zumba. El objetivo de esta prueba es realizar el mayor número de metros posibles en una

hora, el nivel de exigencia se prolonga de ocho minutos a 60. La clave está en mantener la fuerza y la boga en cada remada. Desde mi experiencia, también requiere no mirar el parcial (el número que indica, en promedio, el tiempo estimado que tardas en recorrer 500 metros con la fuerza que imprimes en las piernas y la velocidad de la remada), no escuchar mi respiración ni los gritos ajenos a la música, revisar la boga y el parcial sólo en algunas ocasiones, pero concentrar mi mirada en un punto específico de la nada o en el techo. En pocas palabras, abandonar el cuerpo. De esta forma creía que podía evitar sentir el cansancio, el dolor y la angustia que me genera sentir que las piernas ya no me responden, y silenciar la vocecita interna que jura que no podré terminar. Fue así que ese día, aparte de las ampulas reventadas en las manos, la piel se me abrió entre las nalgas remada a remada y no me di cuenta; la fricción constante me trajo días en los que necesité ayuda para bañarme. 13 834 metros. No pude caminar los siguientes siete minutos.

Jueves 17 de enero. Insomnio, vómito por la noche. La primera vez que competí tenía nueve años, también la primera vez que vomité antes de una prueba. Mi inexperiencia no sólo era respecto a la novedad que era saltar de un banco de salida a la señal del juez, hacer un toque correcto a la llegada y escuchar a 300 familiares gritando desde las gradas, también tenía que ver con la forma en la que preparaba mi mochila para que no se me olvidaran las playeras extras, la parca para no morir de frío, una gorra y googles de repuesto y, sobre todo, con lo que elegía desayunar por la mañana. Casi 15 años después entiendo que es muy probable que vomite en una competencia si desayuno barbacoa, pero a mi hermano jamás le pasó algo así, por lo que a esa edad fue más fácil asociarlo a mis nervios que a lo complicado que es digerir el almuerzo 40 minutos antes de nadar 100 metros libres. Pero el vómito se convirtió en costumbre y a veces se volvía un cuadro de gripe una semana antes de competir, en otras ocasiones era diarrea. Qué cansado enfermarme cada tres meses o, casualmente, cada que aparecían un juez, público y medallas.

Sábado 19 de enero. Campeonato Nacional de Remo bajo techo. Categoría: Ligera, peso: 57.8 kg. Tener el mejor *ranking* de la categoría debería brindarme confianza, pero aun así por dentro sentía que vomitaba. Sólo hacía falta repetir el tiempo de los entrenamientos y la medalla estaría asegurada; pero en las competencias siempre se espera que el tiempo sea más bajo. Parcial de 1:58 era suficiente. *Preparadas, listas... ¡piiiiip!* 1:50, 1:52, 1:49, 2:15. Cada remada después de las clásicas diez de salida era un reclamo en mi mente: "vas muy rápido, te tronarás, ya no vale la pena, ya me cansé, ya no puedo". Bajé del ergo directo al baño faltando 300 metros de la prueba, ya no era mi mejor marca, ya no era lo que esperaba de mi cuerpo. Me fui.

Me despedí de la temporada y del remo. El famoso piquete de la pierna pasó de ser una tendinitis a requerir cirugía, y mis 57 kilos me llevaron a tomar dos años de terapia por bulimia.

Es 2022, estoy tumbada en el sillón con una compresa caliente en la espalda sólo por haber pasado una hora frente a la computadora sentada en una flor de loto medio chueca y un intento de postura decente en la silla de escritorio. Y pensar que hace cuatro años corría dos horas y remaba 30 kilómetros al día. Probablemente ése fue el problema. 📌

 Luis Eduardo Pérez Vega





Sol para volvernos locos

ANTONIO MIGUEL MUÑOZ ORTIZ

Quiero ser tu perrx

Tres. Dos. Uno

¡YAAAAAAA!

Correr hacia las escaleras y subirlas. Tomar mi bicicleta, montarla y comenzar a darle recio, macizo, como si no tuviera cuerpo y sólo fuera alma y aire que forman parte del viento. Esquivar a la gente, a los autos, salir a la vía más rápida para llegar al primer punto, al segundo, seguir la ruta planeada hace 15 minutos y recorrer poco más de 40 kilómetros en el menor tiempo posible. Quizá ganar.

*

Domingo 20 de junio de 2021. Mediodía. Ésa fue la primera vez que corrí un *alleycat*. Estoy nervioso porque soy el primero en llegar a registrarse. No sabía que la hora de salida sería después, a la 1 PM, cuando el sol estuviera en su punto más alto, dispuesto a maltratarnos con sus rayos filosos.

Los *alleycats* son carreras a calle abierta, en cualquier tipo de bici no motorizada y, básicamente, sin ninguna otra regla en específico. Gana quien complete primero todos los *checkpoints* con su respectiva evidencia (usualmente papeles llamados *manifiestos* en los que se pone un sello por cada *checkpoint* alcanzado) y llegue a la meta. Es decir, gana el más rápido, pero también el que mejor conoce la ciudad. Estos eventos tienen su origen en la cultura bicimensajera de todo el mundo. Para esa fecha, yo llevaba apenas un año trabajando como bicimensajero en Puebla. Me sorprendió en ese entonces que, entre personas del gremio, se refirieran a este tipo de eventos como “salir a jugar a las bicis”. Definitivamente salimos a la calle. La gente lo notó.

12:45. Se revelan los *checkpoints*: 1) Kiosco del Paseo Bravo, 2) Pizzería Cus-Cus Cholula, 3) Auditorio Metropolitano, 4) Monumento al policía, 5) Paseo de los gigantes, 6) Monumento a Ignacio Zaragoza, 7) Puente de Ovando, 8) Monumento a la perrita Frida y su entrenador, 9) Fuente de Los Muñecos. Los revelan en desorden. Tenemos 15 minutos para trazar una ruta que nos convenga. Estamos al lado de la pirámide, en Cholula. El punto uno para todos será la pizzería Cus-Cus por su cercanía con el lugar de salida, después cada quien irá por su lado.

Estoy con Rodrigo y con Vania. Él también es bicimensajero. Es rápido, ha ganado otras carreras, lleva muchos más años que yo andando en bicicleta y, sobre todo, rodando en las calles de varias ciudades porque no es de aquí, sino de Pachuca. Trabajamos juntos, así que ya nos conocemos rodando. Vania no es bicimensajera, también es su primera carrera y, como yo, se siente nerviosa. Ponemos números en la hoja para saber el orden en que llegaremos a los *checks*.

Primero éste, luego éste, después éste y de aquí para allá cruzamos por acá. Un tramo en sentido contrario. Por acá es menos subida. De aquí podemos cortar por acá. Ya estuvo. Listo. Hora de controlar los nervios. No puedo. Tengo ganas de orinar. Rodrigo me dice que me aguante, que si me deshidrato ese líquido lo va a ocupar mi cuerpo y las ganas van a irse. Él sabe más, supongo. Tiene razón.

Entonces bajamos las escaleras. Nos colocamos en posición. Esperamos la indicación de salida. En el megáfono, el grito de Gerbo se desgarró:

Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro...



*

Se corta el tiempo. Trepó. No empujo. Todos sonríen. La gente que camina al lado de la pirámide se saca de onda porque somos cerca de 35 vatos y morras que tomamos nuestras bicicletas como posesos y nos ponemos a esquivar turistas y autos para llegar a un mismo sitio. Cuando llego al primer punto ya hay muchos más delante mío. En la entrada de la pizzería Cus-Cus los encargados se hacen bolas para sellar los manifiestos y lo hacen aprisa, en desorden y como pueden. Cuando tengo mi sello doblo el papel y me muevo lo más rápido posible. Esquivo autos, chiflo, grito y en cuanto llego a la recta a Cholula observo a todos a los que les da miedo trepar un puente entre carros. Ahí es donde ya tengo experiencia: si a diario me enfrento a

los autos, ahora no van a poder detenerme. Rebaso a uno, dos, cuatro, seis, diez... en algún momento rebaso a Vania que salió adelante de mí, le grito: ¡*Te amoooooo!* y le hago un gesto con la mano. Tomo una desviación en Zavaleta. Ahora voy solo.

*

El segundo punto es el Auditorio Metropolitano. Como es domingo, tomar el Boulevard del Niño Poblano en sentido contrario no es tan riesgoso, además sólo van a ser unos metros. Conforme me acerco ¡*check!* empiezo a buscar a la gente, bicis, ¡*check!*, algo o alguien que me indique quién debe sellarme el papelito para poder moverme. ¡*Cheeeekpoooooint!*, grito como desesperado y alguien grita de vuelta: ¡*Aquí!* Saco mi papel,



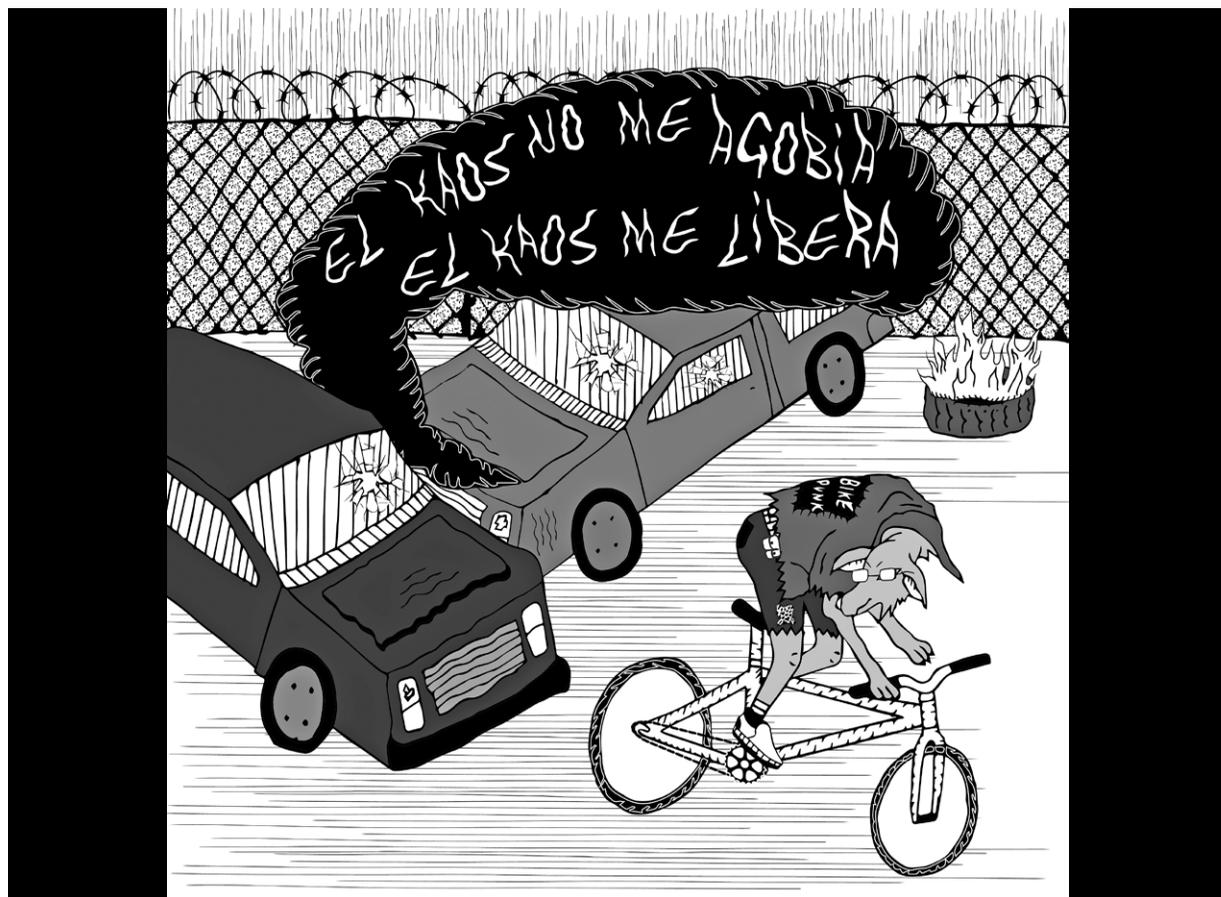
me dice que voy en tercero, sonrío, en realidad no hay forma de saberlo, le meto, voy de regreso en el sentido de la avenida y tomo hacia La Paz. Columpios. Bajada. Subida. ¡Ah, la verga, pero qué subida!

Antes de que la 31 poniente se vuelva Boulevard Esteban de Antuñano existe una calle que es como un muro, por su grado de inclinación, y que conecta rápidamente con la colonia La Paz: la avenida Rosendo Márquez. Yo llevo una bicicleta de ruta (en ese entonces aún no le daba al piñón fijo), pero con una transmisión simple y un cuadro *full fierro*, y cuando hago los cambios para empezar a subir con esfuerzo se bota la cadena gracias a un mal funcionamiento del desviador. Ya casi estoy hasta arriba, así que me bajo de la bici antes de caerme y la cargo para correr con ella hasta la cima.

Jadeo, casi voy brincando, al llegar no me detengo, siento algo en las piernas que se parece mucho al cansancio, miro que no vengan automóviles, doy un salto y vuelvo a pedalear para no perder el ritmo en la respiración. Ahora tengo que buscar el monumento al policía. Paso un Oxxo frente a una secretaría de gobierno, doy vuelta a la derecha, lo hago sin pensar, suponiendo, casi como un instinto; recuerdo vagamente un parque que es más bien una rotonda y ahí veo a dos ciclistas que llegan por otro lado. Son Rodrigo y Octavio.

*

En ese sitio nos dieron un dulce de tamarindo para tener un subidón de azúcar que nos ayude. El mío se cayó y lo



perdí. Los tres tomamos rápidamente la misma calle, Rodrigo me felicita, dice que le da gusto verme ahí, que qué chido, que no esperaba menos. Tomamos la Teziutlán sur hasta salir a Reforma y Rodrigo dice que bajemos hasta Esteban de Antuñano y yo le digo que no, que son mis rumbos, entonces seguimos derecho por la Farmacia Guadalajara de la prolongación Reforma, nos metemos entre calles y salimos por el Boulevard Hermanos Serdán. Nos dirigimos al Paseo de los Gigantes. Rodrigo es más loco y en lugar de bajarse de la bici para cruzar al otro lado por unas escaleras se mete en sentido contrario por la lateral. Octavio y yo cargamos rápido la bici en nuestros hombros y aprovechamos un puente peatonal, cruzamos, bajamos y seguimos dándole duro. Volvemos a rebasar a otros competidores, unas cuatro personas que no vi, ni de lejos, en el Auditorio Metropolitano. ¿Me habrán sacado ventaja? No quiero pensar demasiado. Después me enteraría de que esas personas no hicieron la ruta en el orden correcto así que les faltaron algunos *checkpoints*.

Pedaleo al lado de unas combis. Doy vuelta en la rotonda. El *checkpoint* es arriba, en la ciclovia malhecha que no conecta con ningún lado. Bajamos de la bicicleta. Rodrigo, Octavio y yo trepamos la rampa malhecha. Aquí cometo un error.

*

Mi siguiente *check*, de acuerdo con la ruta planeada, sería el monumento a Ignacio Zaragoza. Del Paseo de los Gigantes tenía que volver por Hermanos Serdán y preparar por la 15 de mayo. Mi error fue éste: no bajar de la ciclovia elevada, usarla, olvidando de la manera más ingenua que esa mierda no conecta con nada y que si quieres bajar debes seguir mucho más adelante, dar una vuelta como de caracol a poca velocidad y después esperar un hueco entre los carros para pasar porque te deja justo en medio de la avenida y no hay ningún semáforo para cruzar. ¿Qué tan inútil es una ciclovia elevada? Muchísimo, ese día sólo lo comprobé.

Seguí la ruta que había trazado y llegué al que, según yo, era el *checkpoint* indicado. Grité. No había nadie. Grité y grité y saqué mi manifiesto para comprobar que la dirección señalada era en el centro de Puebla,

exactamente a dos calles del zócalo. 2 norte 210. Yo estaba en el monumento ubicado al lado de Los Fuertes. ¿Es el monumento a Ignacio Zaragoza, no? Cuando uno se mueve tanto tiempo en toda la ciudad se memoriza las calles, los números, los atajos, así que no perdí más tiempo ahí y seguí con la ruta planeada. Aquí está, chiquitito, mi segundo error.

*

Ahora es turno de la Fuente de los Muñecos. Desde Los Fuertes bajé por la 2 y di vuelta a la izquierda en el Boulevard 5 de mayo para entrar a Xonaca por la Cruz Roja. Hubo una temporada en que había un cliente de una pizzería que vivía exactamente a la vuelta de la Fuente de los Muñecos, entonces este camino ya me lo sabía. Subir, subir un poco, dar vuelta a la izquierda y subir y subir otro poco más, esas pendientes ya las tenía dominadas. Ahí el requisito era una foto, una *selfie*. En la imagen de evidencia tengo los labios secos, la boca abierta, los ojos algo cansados, pero me veo feliz. Es una gran imagen. Guardo el celular y sigo.

*

Frida, la perrita rescatista que se hizo famosa tras el sismo del 19 de septiembre de 2017, tiene un monumento en la ciudad de Puebla. La estatua consiste en su figura y la de su entrenador, Israel Arauz, pero nadie, ni el guardia del Parque Ecológico en donde está ubicada reconoce a este último y sólo la ubican como el Monumento a la perrita Frida. Para llegar ahí cruzo por la colonia Xonaca, atravieso toda la 24 y llego hasta el Parque Ecológico. El guardia que me recibe me dice que es a la izquierda, grito, busco y un señor mayor se sorprende porque lo encontré distraído: ¿Cuántos te faltan? ¡No ma! ¡Eres el primero!

¡A huevo!, le respondo.

*

Puente de Ovando. Desde el Ecológico bajo por la 31 oriente hasta la 16 sur porque conozco un atajo. Doy vuelta en el Bancomer de la 27, tomo el carril del RUTA



y pedaleo. No hay tantos autos. No hay necesidad de volarse semáforos porque la magia hoy los pinta todos de verde. Puro pedaleo, esfuerzo, respira, abre la boca, contrólale, sonríe, canta, a webo, lo estás logrando. Al llegar al sitio y gritar: ¡cheeeeck!, un vato me grita: ¡acá! ¡Acá! y resulta que está abajo del puente. ¿Bajo la bici?, le pregunto. *No sé, como tú veas.*

Entonces aplico un hechizo simple pero inquebrantable que consiste en voltear la bicicleta para que no se la chinguen. Me brinco una barda. Bajo unas escaleras. Me firma el manifiesto y al subir un wey viene llegando y frena al lado de mi bicicleta.

¡Me falta uno!, ¡me falta uno! Cuando me escucha, sonríe, trae una botella de agua y me la ofrece, le doy un trago mojándome todo y me voy hacia uno de los checks pendientes, pero sin olvidar ese de la dirección rara, el del monumento a Ignacio Zaragoza.

*

Al llegar a la dirección marcada —2 norte 210, no se me olvida— resulta ser un negocio de bolsas y carteras. Una señora me dice: *No, joven, ya vinieron varios y ya les dije que aquí no es. ¡Quién sabe!, no sabría decirle. ¡Pero vienen en chinga, eh! ¿Pues qué hay o qué?*

Me río. Último check: kiosco del Paseo Bravo.

*

Subo por la 2 oriente hasta que se hace poniente y doy vuelta en la 7 sur, pedaleo hasta la 7 poniente, cruzo, ningún carro ni semáforo, me meto al Paseo Bravo y llego al kiosco. ¡Cheeeeck! Trepo las escaleras, me sellan, tengo todo, les digo qué fue lo que ocurrió con ese punto raro y entonces deciden llamarle a alguien. ¿¡Qué!?, ¿Cómo que vaya otra vez y me tome una foto?

Me regreso chingando y maldiciendo a todos —ahora principalmente a Internet, ¿por qué, señor Google, registras una dirección en Los Fuertes como un punto cerca del zócalo? Ni siquiera la numeración tiene sentido—; debo volver a tomarme una foto en el último check al que fui, la tienda de bolsas y carteras. Tomo la bici, cruzo el camellón por un hueco que conozco, bajo por la 9 poniente y doy vuelta en la 5 sur. Paso muy

cerca de la meta. Me esperan. Van a celebrar mi llegada. ¡No, no, no, ahorita vengo!

Llego otra vez a la tienda. Tomo una *selfie*. Tengo la boca seca. Mismo camino hacia arriba. Llego a Brico, la pizzería, es la meta. Quedo en segundo lugar.

*

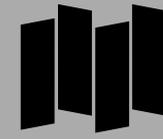
Al comprobar mi manifiesto y mis fotos de evidencia, Gerbo me otorga el segundo lugar reconociendo el pinche conflicto de la dirección rara que nos dieron. Rodrigo obtuvo el primero, él llegó antes que yo a pesar de que olvidó el *checkpoint* de la perrita Frida y tuvo que volver a hacerlo —¿cuántos minutos antes llegó? Unos cinco, que en una carrera así es mucho—. Después de mí llega Octavio. Luego otros más. Coral es el primer lugar femenino. El segundo es Vania. Llegan más. Llegan todos. Comienzan las fotos, las cervezas, la celebración, las pizzas. Ese 20 de junio de 2021 sentí renovada mi vida.

*

Ahora que terminó la carrera puedo explicar con calma quién es Gerbo. Miguel Ángel Gervacio Luna, A.K.A. Gerbo, es la Noche de los Vivos Murientes (NDLVM). Menos que un colectivo, pero más que un individuo, lleva cuatro años organizando carreras en la ciudad de Puebla. La competencia que le da nombre es un *alleycat* que se lleva a cabo en las vísperas del Día de muertos y empieza a correrse al atardecer, poco antes de caer la noche —aunque la edición del 2022 se corrió completamente a oscuras y así será de ahora en adelante, según mis fuentes gubernamentales—. Para la fecha en que escribo esto, he corrido seis *alleycats* en Puebla, cuatro de ellos organizados por NDLVM. En 2022, con motivo de su tercer año de eventos, planeó varias modalidades de carreras para culminar con el evento homónimo y coronar al campeón y campeona de dichos eventos. Dos *alleycats*, *sprints*, cronoescalada y *critérium*: todos a calle abierta, uno en carretera federal, lo cual quiere decir que no sólo se trata de velocidad sino de competir con humanos y sobrevivir a los autos. ¿Es esto una justa deportiva o meramente un juego entre adultos donde

siempre gana la diversión? Quién sabe. Estoy muy contento. Me agrada no practicar ciclismo de manera profesional. La neta, me gusta más gritar rodeado de gente, meterme en medio de los autos, temblar cada vez que me salvo de un imprudente, tomar el espacio que a todos nos corresponde. Reafirmar, a cada pedaleo, que la calle también es nuestra. 📍





CARRUSEL

CUENTAGOTAS

CAMPEONATO INTERGALÁCTICO DE
JUGADORES DE GALLITOS

HEREDADES

CRÓNICA DE UN ASCENSO INTERGENERACIONAL
A LA CUMBRE DEL MONT BLANC

ENTRE VOCES

REVOLUCIÓN: MUJERES Y BALONCESTO





Campeonato intergaláctico de jugadores de gallito

ANA DE ANDA

1. Los jugadores con más de seis dedos no pueden competir.
2. Quedan prohibidas las uñas largas, las garras retráctiles y los esqueletos metálicos genéticamente modificados.
3. Si el encuentro dura más de seis horas están permitidos los reemplazos de jugador y de brazo.
4. El campeón se lleva la mano del contrincante.*

*Notifique al jurado en caso de que su mano vuelva a crecer. 📌



Jen. Mexican Thumb Wrestler Puppets. CC BY-NC-SA

Crónica de un ascenso intergeneracional a la cumbre del Mont Blanc

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS DE SAMA VAGAMONTES

Yo era la montaña que engendra cuando sueña
Octavio Paz

La vida es todo lo que ocurre mientras alguien nos dice que no estamos preparados para vivirla. Siempre somos demasiado viejos o demasiado jóvenes. Y soñar despiertos es inevitablemente ridículo. Pero vale la pena. *Vida* es la interminable cantidad de detalles que suceden cuando emprendemos una aventura que supera nuestros límites.

Si María García y Valdés tuviera 60 años menos o yo fuera un arrugado octogenario, seguramente no nos entenderíamos tan bien como lo hacemos. Caminamos y viajamos juntos porque tenemos un mismo sueño, amamos sin remedio cada formación montañosa. Nos queda claro que existen muchas maneras de alcanzar la cima: a los 82 años de edad con pasos cortos y lentos, dando grandes bocanadas de nostalgia, o a los 25, con pisadas tan inquietas como ágiles y la respiración acelerada. El origen está en la locura, el alpinismo es más bien una consecuencia del anhelo irracional por estar en una cumbre.

1 de julio. Estamos aquí por locos

Respira, no tengas miedo. Poco después de que iniciamos la marcha, el camino gira a la derecha y se convierte en un estrecho pasillo que irrumpe sobre la nieve acumulada en la pendiente, son menos de 100 metros de distancia hasta el otro lado, pero un traspie sería suficiente para convertir el viaje en tragedia. Este breve paso decisivo en la ruta de ascenso más común hacia la cima del Mont Blanc, en los Alpes franceses, es el Grand



María García y Valdés en el balcón del refugio de la Tête-Rousse, leyendo una crónica de un ascenso al Popocatépetl en los 50

Couloir (Gran Corredor o, como dicen los españoles, “la bolera”, en alusión a los frecuentes derrumbes con desenlaces mortales). Al mirar hacia abajo la caída se antoja infinita y el blanco de la nieve aumenta la sensación de estar sobre un vacío eterno salpicado de rocas o cortado por grietas que conducen a otros abismos; hacia arriba, piedras afiladas y severas nos observan —porque la montaña y su paisaje devuelven la mirada a quienes los





Ascenso hacia el refugio de la Tête-Rousse. Al fondo, la Aiguille du Midi y otros picos emblemáticos

contemplamos—, pueden sorprendernos y rodar irrefrenables arrastrando todo con espantosa sonoridad antes de que atinemos a reaccionar. Pero si sólo vemos el camino más adelante, justo donde termina el corredor, hay un pequeño espacio protegido para estar a salvo —¿a salvo de qué, de nuestra pasión por la montaña?— En este momento el miedo se vuelve adrenalina, la locura se torna el impulso más seguro y afianza el siguiente paso, luego otro, otro, uno más, siempre uno más. *No pienses, camina, no dudes, respira.* Superado ese tramo el ascenso continúa.

Tal vez no hay ninguna diferencia entre nosotros y el resto de alpinistas, salvo que nosotros no nos consideramos alpinistas. María, mi amiga octogenaria, dice que somos unos romanticones; yo pienso que somos la versión montañera de Don Quijote y Sancho Panza, y algunos montañistas de primer nivel —si es que eso existe— aseguran que somos un par de ridículos, así que no hay mucha diferencia entre las opiniones. Lo que sea

que nos identifique mejor, ambos dejamos este año las cada vez más inseguras montañas de México para tratar de ascender las cada vez más turísticas cumbres de los Alpes; cambiamos el Cerro de la Estrella, las quesadillas y el café de olla en las faldas del Nevado de Toluca por los calurosos glaciares del Mont Blanc y por el *fondue* y el chocolate suizo en la base del Matterhorn. La nuestra es una cordada intergeneracional, nos separan 57 años, diez meses y cuatro días, pero nos une un indecible amor por la montaña. Ella no es mi abuela, no somos familiares; nos conocimos en el camino y la montaña nos ha hecho amigos.

Non, le Mont Blanc ce n'est pas facile! Así lo advierten los folletos informativos que se consiguen en la Oficina de Turismo y en la Maison de la Montagne en el Valle de Chamonix. Sin embargo, cada año durante la temporada de alta montaña —principios de junio hasta mediados o finales de septiembre, dependiendo del clima, la cantidad de nieve y las condiciones del terreno—, millares

de alpinistas logran contemplar esta región del planeta desde los 4 810 msnm que tiene la cumbre. También cada año hay hasta tres o cuatro decenas de muertos por accidentes en las diferentes rutas, así que lo más recomendable es contratar un guía.

De acuerdo con la Fundación Petzl (una de las marcas más reconocidas de equipo para alpinismo y que financia investigaciones científicas en los Alpes), un promedio de 35 mil personas, procedentes de casi cualquier país, visitan anualmente la montaña con la intención de hollar su cima. Podría ser la auténtica Torre de Babel si no fuera por el hecho de que los ascensionistas, diversos todos, compartimos un mismo idioma alpestre: el silencio, las sonrisas.

El Mont Blanc es conocido como el Techo de los Alpes, y en la historia del primer recorrido hasta su cima, en un lejano pero memorable 8 de agosto de 1786, está el origen del alpinismo, que de acuerdo con Gaston Rébuffat no era un deporte sino un movimiento. María y yo realizamos el ascenso por la Vía Normal entre el 30 de junio y el 2 de julio de 2015, pero en contra del sentido común y de las recomendaciones de muchas personas, no nos acompañó guía alguno.

Después de pasar el Grand Couloir, avanzamos en silencio a pesar de que María es una conversadora imparables y, cuando se cruzan, nuestras miradas resuelven todas las dudas gracias a una confianza mutua que no tiene ningún sustento racional, pero nos ayuda a controlar ese ligero temblor en las piernas que no es producto del frío ni de la edad. Varias cordadas descienden de la cumbre, rostros diversos que parecen tan felices como agotados. Cada tramo de escalada hasta la Aiguille du Goûter hace que el dolor en sus rodillas imprima un gesto de angustia desesperada en María, que exhala por la boca enérgicamente como si bufara. “Es que yo la disfruto a mi manera, y mucha gente dirá ‘bueno, a ésta ni se le ve cara de que lo esté disfrutando’, pero es algo muy personal...”, me dijo con ojos llorosos hace poco, después de haber regresado a México.

Ahora llega el momento de utilizar los crampones y comenzar esa marcha lenta y cadenciosa sobre la nieve. Por fin estamos en los glaciares, que en los últimos 30 años han retrocedido de manera acelerada, pero aun así existen zonas con grietas que superan los 100 metros

de profundidad. A los pocos pasos, justo cuando llegamos a la arista de Goûter, aparece frente a nosotros, fastuoso, un poema de picos y agujas portentosas, cantado silenciosamente por la nieve bajo el resplandor de un mediodía; es lo que llaman “un paisaje” y que tiene el poder hipnótico de reconfortar cualquier pena. Respiramos hondamente, cerramos los ojos y al abrirlos la poesía de estas montañas sigue ahí, cautivándonos.

Todavía hay que dar un paso más, la vida es movimiento. Avanzamos sobre la arista para llegar al refugio de Goûter que, enclavado sobre las rocas, desafía al abismo que hay debajo. Es una construcción ovalada, recubierta de láminas metálicas, y que representa la modernidad y el carácter “futurista” de los Alpes; por dentro es todo de madera, muy amplio —tiene capacidad para 120 personas, más los responsables de su administración—, cuenta con cuatro niveles, un gran comedor, cocina, enfermería, energía eléctrica solar, baños en cada piso, un vasto librero con títulos de montañismo y escalada en varios idiomas y juegos de mesa; en los dormitorios hay amplias literas con un colchón, almohada y manta para cada huésped, entre otros “lujos” bastante reconfortantes a 3 835 msnm. Fue diseñado cuidando de manera especial una cierta armonía con la montaña, parece haber estado ahí desde el día del primer ascenso, pero fue abierto apenas en 2012. El resto del día nos dedicamos a descansar, sorprendidos de haber llegado tan lejos. Quién lo diría.

Meses antes del viaje María estaba convencida de que lo lograríamos. “Esta vez sí voy a poder, Sama, sólo necesito subir a mi propio ritmo, por eso no hay que llevar guía, porque me llevan corriendo y así no puedo”. Así que el plan era tardarnos tres o hasta cuatro días en un ascenso que el actual campeón del mundo en velocidad realiza en menos de cuatro horas. Pensando en reducir riesgos acudimos a Medicina del Deporte en la UNAM, donde María realizó varias pruebas de un examen morfofuncional. Cuando volvimos por los resultados todo era optimismo y los médicos nos dieron más buenas noticias: proporcionalmente a su edad, la capacidad pulmonar de María y sus reflejos son mejores que los de varias personas veinteañeras que practican algún deporte. Pero luego nos dijeron que María muestra indicios



Refuge du Goûter, inaugurado en 2012. El primero se construyó en 1859

de osteoartritis en ambas rodillas, tiene una notoria disparidad en el largo de sus piernas, el arco de sus pies es demasiado pronunciado, tiene una muela picada y, lo mejor, su ritmo cardíaco mostró alteraciones durante las pruebas de esfuerzo. “Pues es que estoy enamorada”, bromeó María. Conclusión: lo mejor sería posponer el viaje y realizar más estudios médicos.

Saliendo comprendimos que hay una diferencia sustancial entre sentirse enfermo y saberse enfermo, así que implícitamente hicimos un pacto mediante el cual ambos buscamos pretextos para dejar de lado las cuestiones médicas y dedicarnos a seguir entrenando en la Iztaccíhuatl y hasta en el Cerro de la Estrella.

Nuestra actitud irresponsable o imprudente aumentaba los riesgos del viaje, pero no teníamos otra opción. “Mira, no sé si llegue, pero mientras tenga vida hay que caminar”, me dijo María con esa convicción quijotesca

que huye de la razón para alcanzar sus anhelos. Así que sin guías, sin aprobación médica y casi sin sentido, viajamos hacia la montaña como si viajáramos en el tiempo hasta una época en la que María subía por puro amor y sin sufrir demasiado.

30 de junio. Montaña en dos movimientos

Es como si nunca antes hubiéramos salido a la montaña. 62 años después del primer ascenso de María al Popocatepetl y cinco años después de mi primera subida a la Iztaccíhuatl, ambos parecemos, al menos por un instante, niños que esperan la llegada de los Reyes Magos o adolescentes timoratos el día de su primera cita romántica. En nuestros pechos anacrónicos laten toda la alegría y todo el miedo que somos capaces de soportar.

Despertamos diez minutos después de las cinco de la mañana y el espectáculo comienza: primero una frenética ducha que deberá ser suficiente para los próximos tres días en las alturas; luego corremos a la cocina para preparar tortas con *baguettes*, jamones y quesos de la región, y a hurtadillas —para no despertar a nuestros compañeros de cuarto— cargamos nuestras mochilas, alistadas desde la víspera. Un amigo español se levanta para desearnos buena suerte. Antes de las seis salimos del hostel Chamoniard Volant rumbo a la estación de tren de Chamonix.

“Ya me hiciste sentir viejita”, protesta María con tono de niña regañada y se acomoda los pantalones luego de que le dije secamente que “ya no se usan de esa manera”. A ella siempre le gustó ponerse las medias de lana por encima de los pantalones porque así se estilaba hace más de medio siglo. Aunque me siento mal por

haber cuestionado su indumentaria, cuando reparo en mi error ya es muy tarde. Por fin abordamos el tren de cremallera que nos llevará hasta el Nid d’Aigle (2 360 msnm) el punto donde comienza el recorrido de alta montaña. Los dos vagones del pequeño tren pronto se saturan con mochilas, bastones, piolets, cascos, cuerdas y demás elementos del arsenal montañístico, toda la alegría de los alpinistas parece un carnaval en movimiento. María platica con dos chilenos que intentarán llegar a la cumbre, hablan de otros ascensos y surge la conversación sobre el Monte Aconcagua, que ellos subieron hace un par de años y mi amiga hace casi 60. Cuando habla del pasado María luce más joven gracias a su sonrisa.

La montaña, que siempre supera nuestra imaginación, se anuncia lejana e inabarcable hasta que por fin llegamos al Nid d’Aigle. Apenas desciende del vagón,

María García y Valdés viajando en el tiempo a través de los paisajes



todo el mundo ajusta sus botas, se pone una nueva capa de bloqueador solar, carga su mochila y comienza el ascenso a zancadas. Nosotros tardamos un poco más, parece que cierta costumbre de indios mexicanos nos hace “pedir permiso” a la montaña antes de comenzar; la saludamos para establecer una peculiar conexión con la naturaleza alpina que tomamos muy en serio. Siempre en silencio, en realidad se trata de un diálogo interno, de un ejercicio reflexivo, casi una meditación, en vez de palabras hay respiraciones profundas.

Hasta el refugio de la Tête-Rousse (3150 msnm) realizamos una marcha de poco más de cuatro horas por un sendero bien diferenciado del cúmulo incontable de piedras erosionadas. Durante este trayecto María trata de avanzar despacio a través de su memoria, quiere recordar aquel viaje que realizó en 1960, cuando a los 27

años logró llegar a la cumbre del Mont Blanc, por este mismo camino, junto con su coetánea Guadalupe Vázquez, otra montañista mexicana que también formó parte del grupo de mujeres que le demostraron a México que el montañismo no era exclusivo de los hombres y su machismo de altura (algunos de los clubes de excursionismo en México no admitían la participación femenina en sus salidas). “Es que se me borró el casete, Sama... Ya no me acuerdo, no logro acordarme cómo era la subida, pero sí sé que no era tan cansada...”. Tiempos remotos se esconden igualmente bajo las rocas y las primeras manchas de nieve que decoran el entorno.

Algunas personas no lo saben o no se dan cuenta, pero en las montañas no existe el tiempo, lo que hay allá arriba es movimiento. ¿Cuál es la diferencia? Se trata

La vida es movimiento. Descenso del refugio de la Tête-Rousse hacia el Nid d'Aigle



de un transcurrir distinto, más libre; mientras que el tiempo se rige por manecillas, números y engranajes eternos, la dinámica alpestre consiste en pasos, respiraciones y latidos efímeros sobre pendientes que nunca son las mismas. Avanzamos fascinados por cierta atmósfera mágica como de viaje en el tiempo. Movernos por estos caminos es un fugaz conjuro a la vejez innegable de mi amiga, de la montaña que no es la misma.

“Ay, ¿Falta mucho para el refugio? No lo veo... Ah, sí, ya lo veo, ya lo veo”, ella misma se responde. Cuando llegamos al refugio de la Tête-Rousse descansamos largo rato en un balcón de la entrada, una alegre mujer se sorprende al ver a María, nos pregunta su edad y se emociona al escuchar la historia de María y su pasión por el Mont Blanc, la alpinista resulta ser la guardia encargada del refugio, Patricia Tuveri, Patou para los amigos. Nos desea la mejor de las suertes, nos invita algo de tomar y nos pide que cuando bajemos le contemos cómo nos fue.

Desde este punto se aprecia claramente la ruta que seguiremos al día siguiente para llegar hasta el refugio de Goûter. Por la tarde hay un inquietante espectáculo que consiste en ver los derrumbes que hay sobre el camino, en el Grand Couloir y en la arista que sube hasta la Aiguille du Goûter. Es algo común debido a la erosión, pero este año el riesgo aumentó ya que desde hace varios días una ola de calor ha hecho que los glaciares expuestos a la canícula parezcan raspados insípidos derritiéndose sobre una banqueta calcinada. Primero se escucha un ruido como si la montaña se partiera o quisiera cambiar de postura y en segundos comienza el desprendimiento de grandes cantidades de roca, nieve, tierra y agua que dura angustiosos y eternos segundos. María, impactada y nerviosa, sin hablar mucho, prefiere irse a dormir cuanto pueda y se acuesta temprano...

2 de julio. El amor lo puede todo

Caminar de noche una montaña cautivó a María desde que era joven. Hoy desayunamos a las dos de la mañana y nos apresuramos a salir del refugio para comenzar el ascenso hasta la cumbre. La luna llena gobierna sobre el Mont Blanc igual que una adolescente sobre el corazón de algún antiguo caballero congelado en el

tiempo. María y yo, junto con otra centena de alpinistas, caminamos entre los cuerpos de estos amantes, entre la montaña y la luna. Prueba irrefutable de su amor es que convierten la oscuridad nocturna en un bello escenario iluminado por sus resplandores niveos, ni siquiera necesitamos encender nuestras lámparas frontales para reconocernos y reconocer el camino. Podemos contemplar estrellas olvidadas y siluetas de incontables picos y montes. Este amor es un bello espectáculo de dos presencias tan lejanas y distintas que se han conjugado en medio del silencio universal. Quienes participamos de dicho espectáculo como simples partículas en movimiento ya hemos ganado mucho más que una cumbre.

Primero una arista, después remontamos una ladera custodiada por *seracs*, grandes bloques de hielo antiquísimo y reciente que tarde o temprano se desprenderán de la montaña. Ahora debemos superar el Dome du Goûter hasta el Bivouac Vallot, un refugio por encima de los 4 000 msnm para casos de emergencia cuando el clima es adverso o el cansancio es excesivo. Poco a poco se anuncia un nuevo día en forma de un horizonte cada vez más encendido, una claridad que devora las estrellas. Al último, la arista de Les Bosses, es tan fina que parecemos equilibristas sobre la nieve, aunque afortunadamente el viento no sopla demasiado fuerte y el camino está bien definido.

Sin darnos cuenta hemos dejado atrás a todas las cordadas de los guías con sus respectivos clientes que se esfuerzan por conseguir más aire y energía. Desde luego no avanzamos a paso veloz, más bien llevamos el *tempo* de una melodía que nace del impacto de nuestros pies sobre la nieve, un crujido que suena cadencioso como danzón. El sol aún no nace y la luna todavía murmura secretos con la montaña detrás de un biombo de nubes voluptuosas; entonces llegamos a la cumbre con la mochila llena de emociones, los pies cansados, el corazón alegre, la mirada plena y la mente asombrada. Llegar tan alto siempre es placenteramente ambiguo, estamos en un punto que no es cielo ni tierra, es acaso una frontera, un punto de transición, un espacio de transformaciones. Subir una montaña es, también, aprender que el mundo no termina en nuestra pequeña realidad cotidiana.



María García y Valdés en las faldas de la Iztaccihuatl, México, ca. 1960

Conforme a las tradiciones alpestres, debemos sellar este instante con un catártico abrazo, honesto y cariñoso, entre iguales. Felicidades por esta cumbre, una más... Nada. No ocurre tal abrazo. ¿Estoy solo? Hacia donde quiera que mire sólo hay montañas absurdamente hermosas, María no está aquí, también logró la cumbre, pero no está aquí en la cima.

1 de julio. Vieja escuela

7:30 AM. Durante el desayuno en Tête-Rousse ambos permanecemos callados. Un silencio más pesado que la montaña invade nuestra mañana.

Es el segundo día de nuestro itinerario y nos aguarda el tramo más peligroso del ascenso. Hace pocos días

un par de montañeros resbalaron y cayeron por la pendiente del Grand Couloir arrastrando a una alpinista española que, afortunadamente, iba asegurada al cable de acero que protege dicho paso, pero ellos no sobrevivieron.

Ninguno de los dos ha dicho una sola palabra, pero llevamos un rato mirándonos fijamente. Somos tan diferentes y nos parecemos tanto... Atemporales, ridículos y soñadores. Por fin, uno de nosotros pronuncia lo inevitable:

—Ya decidí que no voy a subir. Me siento cansada...

—¿Por qué, María?! ¡Qué pasó! ¿Llegamos tan lejos y te retiras?

—No, Sama, yo estoy muy cansada. Y a mí me gusta la montaña para vivirla, no para morirme en ella. Pero

tú estás joven, quieres mucho a la montaña y yo sé que puedes. Sube y aquí te espero.

El Dr. Atl dijo en sus poemas que la vida es la comprensión, sin embargo, en ese momento me molesté con María porque no quiso continuar. No me interesaba saber sus motivos. Embelesado por la idea de continuar olvidé que la cumbre no es el punto más alto de una montaña, sino el punto hasta el cual llegas dando tu mejor esfuerzo.

—¡No! Tienes miedo y por eso no quieres subir, pero podrías lograrlo... En todo caso nos regresamos los dos...

—Por mí, puedes enojarte todo lo que quieras. Pero no voy a subir, Sama. Sube, que yo considero que si tú llegas a la cumbre es como si yo hubiera llegado.

Nos despedimos en el balcón. Y, después de esa breve discusión, María me envió solo hasta la mítica cumbre de los Alpes, pero fue una soledad completamente relativa porque ella siempre estaba ahí, en el camino hacia la cumbre, a través de sus relatos y su legado como una montaña de recuerdos que podría desmoronarse intempestivamente si una avalancha de olvido sorprendiera su longeva existencia. Es raro: cuando nos conocimos la idea era que yo la entrenara para poder subir al Mont Blanc y que se despidiera de la montaña, pero en realidad ella también me ha estado preparando, me ha enseñado a disfrutar más las montañas, a caminar despacio y desear nuevos horizontes. Gracias a María, ambos logramos alcanzar el punto más alto desde donde se puede soñar despierto. **P**

Una cordada de alpinistas descansa en su camino a la cumbre del Mont Blanc. Al fondo el Bivouac Vallot, sobre el Dôme du Goûter





mujeres y baloncesto

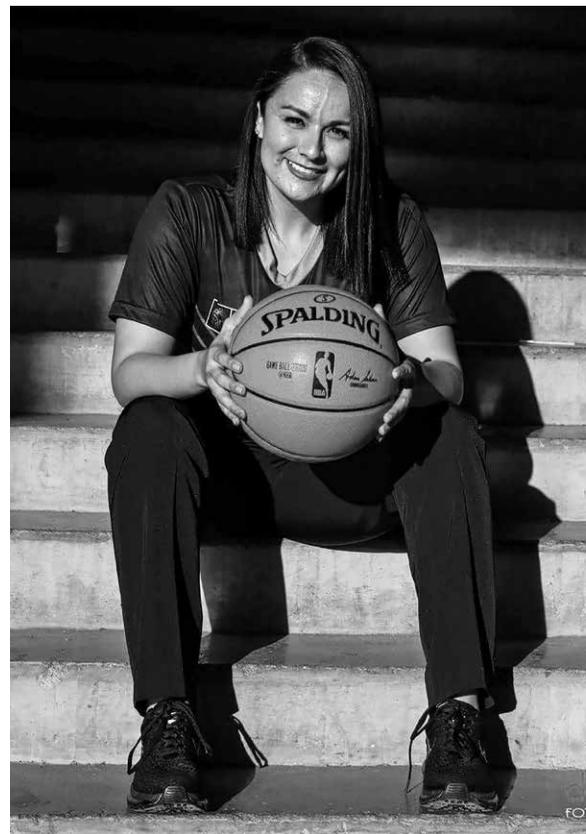
CYNTHIA SPINOLA

En México el 85% de los oficiales de mesa en el baloncesto somos mujeres; hemos liderado esta cifra por años, en contraste, hay muy pocos hombres que dedican su vida profesional a la mesa de control. Esta labor no es menos valiosa, es tan importante como sancionar dentro de la cancha, pues es minuciosa, detallada y compleja.

Nosotras estamos cambiando el mundo del arbitraje, desde hace algunos años vemos a más mujeres levantarse de la mesa hacia la cancha, ya sea en ligas infantiles o dominicales, hasta ligas estudiantiles de renombre y de niveles profesionales con transmisiones en vivo en cadenas de televisión. Somos mujeres comprometidas, con vocación, talento, voluntad y resistencia. También somos madres, esposas, hijas, estudiantes, con profesiones dobles, con responsabilidades de crianza y cuidado. Estamos construyendo una transformación en el ámbito del arbitraje en el baloncesto. Hemos sido enjuiciadas, miradas de forma lasciva, nuestras jornadas de trabajo se llenan de frases que incitan a morderse la lengua para no perder la razón y el control. Tenemos los ojos de todos encima: jugadores, entrenadores y espectadores esperando cualquier error para quejarse de nuestro trabajo.

En general, escuchamos a otros nombrarnos la árbitro, árbitro mujer, la chica que pita, entre otras. A muchos colegas varones les cuesta demasiado trabajo cambiar una letra, como si al hacerlo estuvieran perdiendo algo. Su justificación para hacerlo, que incluso nosotras hemos llegado a aceptar, refiere a que los hombres siguen siendo mayoría en esta profesión, y entonces hay que generalizar con el masculino; tanto así que hay momentos en los que al llamarnos árbitras a nosotras mismas nos resulta incómodo y fuera de lo habitual. Pero no se dan cuenta de que el reconocimiento y el respeto por nuestra labor comienzan por la forma en la que nos nombran, por lo que somos: árbitras de baloncesto.

Entrevistamos a cinco mujeres de varios lugares del país —Chihuahua, Atlacomulco y Ciudad de México—, quienes nos cuentan su experiencia como árbitras de cancha y dejan claro que todavía se vive violencia de género dentro de los ámbitos deportivos.



Alejandra Gaytán, 34 años, Chihuahua. Coordinadora de arbitraje en la LNBP

¿Cómo empezaste a trabajar en el arbitraje?

Jazmín Bustamante [JB]: A los 21 años un compañero de la escuela me invitó a una clínica de arbitraje, en ese entonces, siendo mamá soltera, no podía costearlo, pero afortunadamente una compañera con más experiencia me apoyó para que pudiera capacitarme y avanzar en este camino de forma profesional. Inicié como juez de mesa, puesto que, al menos a las mujeres, siempre se nos ha hecho creer que así se debe iniciar en el arbitraje. También he presenciado cómo a hombres jóvenes o exjugadores con el simple hecho de pagar su clínica, tener un silbato y un pantalón negro, ya los consideran jueces de baloncesto, sin pasar por el proceso de observar el juego desde la mesa de control.

Rosalía Hernández [RH]: Siempre me ha gustado todo lo referente a los deportes; un día después de

mi partido de básquetbol me quedé a ver más juegos, igual que los domingos anteriores. En esa ocasión mi entrenador me dijo que en lugar de sólo ver los juegos podía anotar y, de esa manera, tener un ingreso monetario. Fue así como decidí acercarme al jefe del cuerpo arbitral “Jueces de básquetbol de Atlacomulco” y me adentré en este oficio, en el que el primer paso del proceso es ser oficial de mesa.

¿Cuándo decidiste que ya no querías ser sólo oficial de mesa?

Mariana Pichardo [MP]: Un día me llamaron para invitarme a un evento nacional en el Centro Paralímpico Mexicano. Yo no sabía cómo trabajar con el básquetbol sobre silla de ruedas. Acepté y así fue como incursioné en el mundo del deporte adaptado como parte de la mesa de control. Tras ver muchísimo básquetbol, en el 2011 decidí levantarme e ir al siguiente nivel. Después de años de trabajo y estudio, en el 2013 obtuve en Guatemala mi licencia internacional, sería la primera mujer juez en México dentro del baloncesto adaptado. Dar este gran paso me ha llevado a participar en eventos sudamericanos y centroamericanos, he visitado países como Colombia, Costa Rica y Canadá gracias a este deporte.

[JB]: Yo tenía claro desde el inicio que no quería ser sólo oficial de mesa, pero por razones ajenas a mí me colocaron por cuatro años y medio como anotadora. En una ocasión, el grupo recibió tres integrantes nuevos, todos ellos hombres que, sin ningún tipo de filtro, experiencia, ni años de aprendizaje o estudio, se convirtieron de inmediato en árbitros. Cuando levanté la voz, me quejé y pedí una oportunidad, recibí comentarios despectivos como: “Estás muy verde”, “no estás lista”, “estás pasada de peso”.

Fue muy duro, renuncié inmediatamente a ese grupo arbitral, busqué otros espacios donde fui bien recibida. Pero no dejo de pensar que es triste y frustrante que, tras cuatro años de trabajo, las razones por las cuales no me dieron una oportunidad real eran cuestiones de género y machismo. Actualmente trabajo en Chihuahua, en la Liga Estatal y en la Liga ABE 2ª División, y espero aplicar el siguiente año para la Liga SisNova.



Jazmín Bustamante, 32 años, Chihuahua. Árbitra de baloncesto en Liga Estatal, ABE 2ª División

¿Cómo te refieres a una mujer que se dedica al arbitraje?

Gabriela Sánchez [GS]: Me gusta que me digan “árbitra”, me siento cómoda, me agrada que le pongan mi género a la profesión, aunque les cueste más trabajo. Además, es el término correcto, lo que pasa es que no estamos acostumbradas a usarlo, incluso entre compañeras no es común utilizar esta expresión.

¿Te has sentido ofendida, poco valorada, acosada o violentada en este trabajo?

[MP]: Acosada no, pero poco valorada sí, incluso por los compañeros. Cuando recibí mi licencia internacional hubo algunos comentarios negativos, sobre todo por no estar en el básquetbol convencional, como si por el hecho de pertenecer al básquetbol sobre silla de ruedas yo no fuera una árbitra de verdad y mi trabajo valiera menos. Hoy entiendo de dónde vienen esos comentarios y la frustración que pudo haberles causado.

[GS]: Sí, lamentablemente sí. Las mujeres que nos dedicamos al arbitraje estamos expuestas en todo momento a ser violentadas, desde frases que minimizan nuestra labor como: “Déjala, es mujer”, “ella no sabe”, “no quiero mujeres en mi juego”, “ya se puso nerviosa”, sólo por mencionar las más comunes, hasta la advertencia de que tal jugador o entrenador es misógino y por ello nosotras debemos tener más cuidado o tratarlos de forma especial para evitar conflicto. Es increíble que se nos responsabilice de las actitudes de esos hombres que nos juzgan.

[JB]: En una ocasión fui designada para un juego de la Liga ABE, tenía alrededor de dos años arbitrando y ese día me nombraron Primer Juez. Llevaba la batuta, mi compañero era muy novato, así que en ese juego yo estuve sancionando casi todo. Siempre he sido imparcial y sanciono sin favoritismo alguno. Las porras de ambos equipos se descontrolaron, a tal grado que tuvimos que detener el juego, pues ya estaban aventando cosas a la cancha y las groserías estaban a todo lo que daban. Todo recaía en mí, me puse muy nerviosa, hubo muchas faltas técnicas que tuve que reportar y descalificar, había mucha gente y entré en pánico. Yo sabía que estaba

capacitada, pero, la presión y las faltas de respeto me frustraron, salí destruida emocionalmente de ese juego.

Me sentí mal, me sentí inútil, me preguntaba si realmente estaba lista para este trabajo, dudé de mi capacidad. Dejé de arbitrar aproximadamente durante seis meses, no encontraba calma, fue muy difícil retomarlo.

[RH]: Tras trabajar en la Ciudad de México regresé en 2011 a Atlacomulco. Tenía muchas ganas de arbitrar y siempre he sido estricta, situación que en su momento no les gustó a los equipos varoniles. En un juego de segunda fuerza, se hablaba de un jugador que era muy grosero y que le faltaba al respeto a todos, que siempre quería echarle pleito a los árbitros. El juego estaba un tanto ríspido, muy golpeado, este jugador contactó fuertemente a un rival, por lo cual lo sancioné con falta antideportiva, me dirigí a la mesa de anotación y di la señal correspondiente. El jugador continuó diciéndome palabras ofensivas, así que decidí volver a sancionar con una falta técnica. Mi error fue darle la espalda, ahí aprendí a nunca dar la espalda a nadie, menos a una persona enojada; él quiso darme un golpe, pero como yo caminé rápido sólo alcanzó a rozar mi cabello. En ese momento observé que mis compañeros que estaban en la mesa de anotación se levantaron espantados, y mi compañero no dudó en descalificar al jugador y defenderme. Debo admitir que me espanté mucho, lo peor es que apenas íbamos en el segundo periodo. Un árbitro varón que estaba sentado y que había visto todo me sugirió: “Si gustas yo termino tu juego”, a lo cual no accedí, en mi mente pensé que si permitía eso perdería credibilidad. Todo terminó bien, realizamos nuestra retroalimentación y eso me ayudó a ganarme el respeto dentro del terreno de juego.

¿Cómo resolviste esa situación?

[GS]: No tomándolo personal, afortunadamente esta profesión me ha enriquecido como mujer y como persona, ha modificado mi carácter, me ha permitido sentirme capaz, importante, me ha hecho crecer y desarrollarme personal y profesionalmente. Ser árbitra ha modificado mi capacidad de tomar decisiones, mis capacidades comunicativas, el control que tengo sobre mí misma y mis relaciones con los otros, incluso en mi hogar.

Alejandra Gaytán [AG]: El tema de la violencia de género en el arbitraje de baloncesto es algo que lamentablemente existe, sin embargo, es muy importante el enfoque, mi mayor obstáculo siempre ha sido mi propia mente. En muchas ocasiones he tenido que remar contra corriente, esforzarme el doble o el triple, eso me ha ayudado a posicionarme en el lugar donde estoy ahora. Me puse a trabajar en mí misma, dejé de preocuparme por lo que pasaba afuera: que si no me designan en tal juego, que si no tengo tal torneo, que si me quitan o no me dan tal cosa. Después de meses enojada y frustrada, de querer abandonar el básquetbol, decidí ponerme a trabajar en desarrollar mis habilidades y mis capacidades.

¿Qué implica ser árbitra en el baloncesto en México?

[RH]: En alguna ocasión escuché lo siguiente: “Debes ser tan buena que, aunque no te quieran ahí, digan LA NECESITO”. No creo que ser mujer sea un impedimento para arbitrar grandes eventos, siempre y cuando estemos preparadas, aquí lo importante es quitarnos de la mente eso que nos detiene, saber que tenemos áreas de oportunidad que debemos mejorar y de esa manera lograremos las metas propuestas.

[GS]: La profesión por sí sola ya es poco valorada, si a eso le sumamos nuestro género, se vuelve sumamente difícil. En esta sociedad, aún machista, ser árbitra implica estar siempre preparada, disponible. Es lamentable que esté normalizado que al ser mujeres tenemos que trabajar el doble, realizar el doble de esfuerzo para poder ser tomadas en cuenta.

¿Qué opinas de qué cada vez haya más mujeres en el arbitraje de baloncesto mexicano?

[AG]: Es una cosa que me encanta, lo digo con orgullo y con humildad. Me ha tocado ser la única o de las únicas, de las primeras haciendo algo dentro del rubro en nuestro país y en el continente, eso significa que he podido romper algunas barreras, sobre todo las propias.

Nuestro deporte es siempre un reflejo de nuestra sociedad, así que creo que vamos avanzando, cada vez es más fácil que la mujer sea aceptada, hay más apertura



Mariana Pichardo, 42 años, Ciudad de México. Pedagoga y árbitra de baloncesto sobre ruedas



para nosotras en las canchas y no solamente por el hecho de ser mujeres, sino porque somos capaces. Ya no debería causar sorpresa, sino reconocimiento de nuestro esfuerzo, talento y trabajo. Hoy me da mucho gusto ver a más mujeres superarse, trabajando en ellas mismas, creciendo, obteniendo un puesto de liderazgo dentro de nuestro deporte.

[MP]: ¿Y por qué no las habría? El reglamento de baloncesto no está creado para un hombre o para una mujer, no indica si una mujer puede o no puede hacerlo. Siempre como mujeres vamos a tener otra visión y otras herramientas, otros alcances. Es hora de que el arbitraje del baloncesto se valga de este poder femenino.

¿Cómo se pueden visibilizar estos problemas que envuelven al baloncesto en México?

[AG]: La propuesta está sobre la mesa, hay que apoyarnos entre nosotras mismas. En la Liga Nacional en 2021 organizamos un curso especialmente para mujeres que deseaban estar en esta profesión, la respuesta y la participación fue muy grande, tuvimos que elegir sólo a 100, de las cuales 12 fueron seleccionadas para que, con la ayuda del Consulado Americano, pudieran vivir un intercambio deportivo bastante enriquecedor.

Estos programas de capacitación y desarrollo que estamos creando ya son una necesidad, hay muchas mujeres que deben ser vistas y ser escuchadas, nosotros necesitamos conocer sus historias. Darles vista y oído a estas grandes mujeres también es parte de mi vocación. Acompañarlas e ir dejando huella es algo muy gratificante, las oportunidades están aquí para toda aquellas que quieran pertenecer a este medio. 📍

Rosalía Hernández, 34 años, Atlacomulco, Estado de México
Licenciada en Educación física, docente y árbitra de baloncesto

TINTA SUELTA

Los lunes de amazonas





TINTA SUELTA

Stephany Mayor



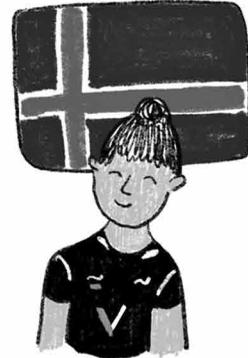
HABÍA UNA VEZ UNA NIÑA QUE ERA TAN APASIONADA POR EL FÚTBOL, QUE BUSCÓ CUALQUIER LUGAR PARA PEGARLE A UN BALÓN...



LAIZA ONOFRE



TRAS RECIBIR
COMENTARIOS
HOMOFÓBICOS
POR PARTE DE
SU DIRECTOR
TÉCNICO EN
SELECCIÓN,
RESPECTO A
SU RELACIÓN
CON SU COMPAÑERA
BLANCA SIERRA,
Y AL NO TENER
EN MÉXICO LIGA
PROFESIONAL,
BUSCÓ EN EUROPA
SU SUEÑO DE
SEGUIR JUGANDO



EN 2015 FUE
FICHADA POR
EL THOR/KA
DE ISLANDIA.
FUE RECONOCIDA
COMO JUGADORA
DE LA LIGA EN
2017, AL TERMINAR
COMO CAMPEONA
GOLEADORA CON
19 ANOTACIONES
Y LÍDER DE
ASISTENCIAS



EN 2020 EL EQUIPO
DE TIGRES LA ANUNCIA
COMO UNO DE SUS FICHAJES
ESTELARES Y DESDE
ENTONCES HA MARCADO
52 GOLES, FUE PARTE
DEL HISTÓRICO BICAMPEONATO
DE TIGRES FEMENIL.

STEPHANY MAYOR
NO SÓLO HA SIDO
UNA JUGADORA
CONSTANTE EN LA
SELECCIÓN MEXICANA,
SINO QUE ADEMÁS,
ES UN REFERENTE
PARA NUEVAS GENERACIONES
QUE EN ELLA ENCUENTRAN
LA POSIBILIDAD DE
CUMPLIR UN SUEÑO.



Roberto Christian Vázquez (Ciudad de México, 1991). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. Fue becario de la FLM en Ensayo (2020-2021). Actualmente es coordinador de edición en la Enciclopedia de la Literatura en México.



Ana de Anda (Ciudad de México, 1992). Es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas y maestra en Letras Mexicanas, ambas por la UNAM. Fue becaria de la FLM y del FONCA. Ha colaborado en *Nexos*, *Revista de la Universidad de México*, *Tierra Adentro* y *Río Grande Magazine*.



Israel Nicasio (Ciudad de México, 1987). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM y el diplomado en Creación Literaria del Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia, INBAL. Ha publicado en *Universitaria*, *La colmena*, *Revista Monolito*, *Teresa Magazine*, *Hysteria!*, *Revista Cronopio* y *Deslinde*.



Adriana Zárate Escobar (San Luis Potosí, 1995). Licenciada en Relaciones Internacionales por el Colegio de San Luis A.C. y maestra en Ciencias Sociales por la FLACSO. Es parte de la XIX generación de la Escuelita de Derechos Humanos del Centro Vitoria y defensora de derechos ambientales y territoriales.



Antonio Miguel Muñoz Ortiz / Miguel Guerra (Puebla, 1996). Es autor de *Cómo me gustaría escribir un libro de Historia contigo*. *Una introducción a Gerardo Arana* (2020) y *Una fotografía* (2022). Fue beneficiario del PECDA en Ensayo literario (2019) y en Crónica (2021). Cursa la maestría en Literatura Hispanoamericana en la BUAP.



Ana Karen Pérez Vega (Ciudad de México, 1996). Licenciada en Ciencias de la Tierra por la UNAM. Actualmente estudia Creación Literaria en el Centro Estatal de Bellas Artes de Mérida.



Arturo Molina (Ciudad de México, 1991). Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UNAM. Es becario del FONCA (2022-2023) en Cuento. Ha publicado ensayo, crónica y reseñas. Ganó el segundo lugar en Ensayo en el Concurso 51 de Punto de Partida.



Sama Vagamontes (Anáhuac, 1989). Estudió Comunicación para poder hablar con las montañas, en el idioma que sea. Sabe caminar y le gusta hacerlo.



Cynthia Spinola (Ecatepec de Morelos, 1992). Es pedagoga y entrenadora deportiva especializada en básquetbol infantil. Árbitra de basquetbol y feminista.

• COLABORADORES •



Luis Fernando Rangel (Chihuahua, 1995). Poeta y editor. Autor de *Nombre de piedra* (2022) y *La marcha de las hormigas / The March of the Ants* (2022). Recibió el II Premio Internacional de Poesía Nueva York Poetry Press y el IV Premio Nacional de Poesía Germán List Arzubide. Es parte de *Sangre ediciones* y *Fósforo. Literatura en breve*.



Gabriela Muñoz (Los Mochis, 1990). Licenciada en Letras Hispánicas por la UdeG. Fue becaria del SACPC (antes FONCA) en Ensayo creativo (2021-2022) y de la FLM en Ensayo (2019-2020). Ha publicado en *Este País*, *Punto de partida*, *Temporales* (NYU), *Pluvia* y *Periódico de Poesía*. Actualmente se dedica al cuidado editorial.



Daniel Pérez Segura (Ciudad de México, 1993). Obtuvo el segundo lugar del XVI Concurso Internazionale di Poesia e Teatro Castello di Diuno y el segundo premio en el Concurso 49 de Punto de Partida en Poesía. Ha publicado en *Altura desprendida*, *Literariedad*, *Punto en Línea*, *Campos de Plumas*, *Hook Magazine*, *Neutopia Magazine* y *Punto de partida*.

© Alan Bojórquez



Luis Eduardo Pérez Vega (Ciudad de México, 1998). Estudia la licenciatura en Ingeniería química industrial en la Universidad Autónoma de Yucatán. Tomó un diplomado en fotografía en la Universidad Anáhuac del Mayab. Su trabajo se enfoca en la fotografía de arquitectura antigua, retrato y de producto.

f Ojos Abiertos



• COLABORADORES •



Derek de la Paz Rodríguez (Ciudad de México, 2001). Estudia Comunicación en el Tecnológico de Monterrey. Ha colaborado como fotógrafo con la Pista Olímpica de Remo y Canotaje Virgilio Uribe para retratar atletas en eventos a nivel nacional e internacional.

ig dereklpr



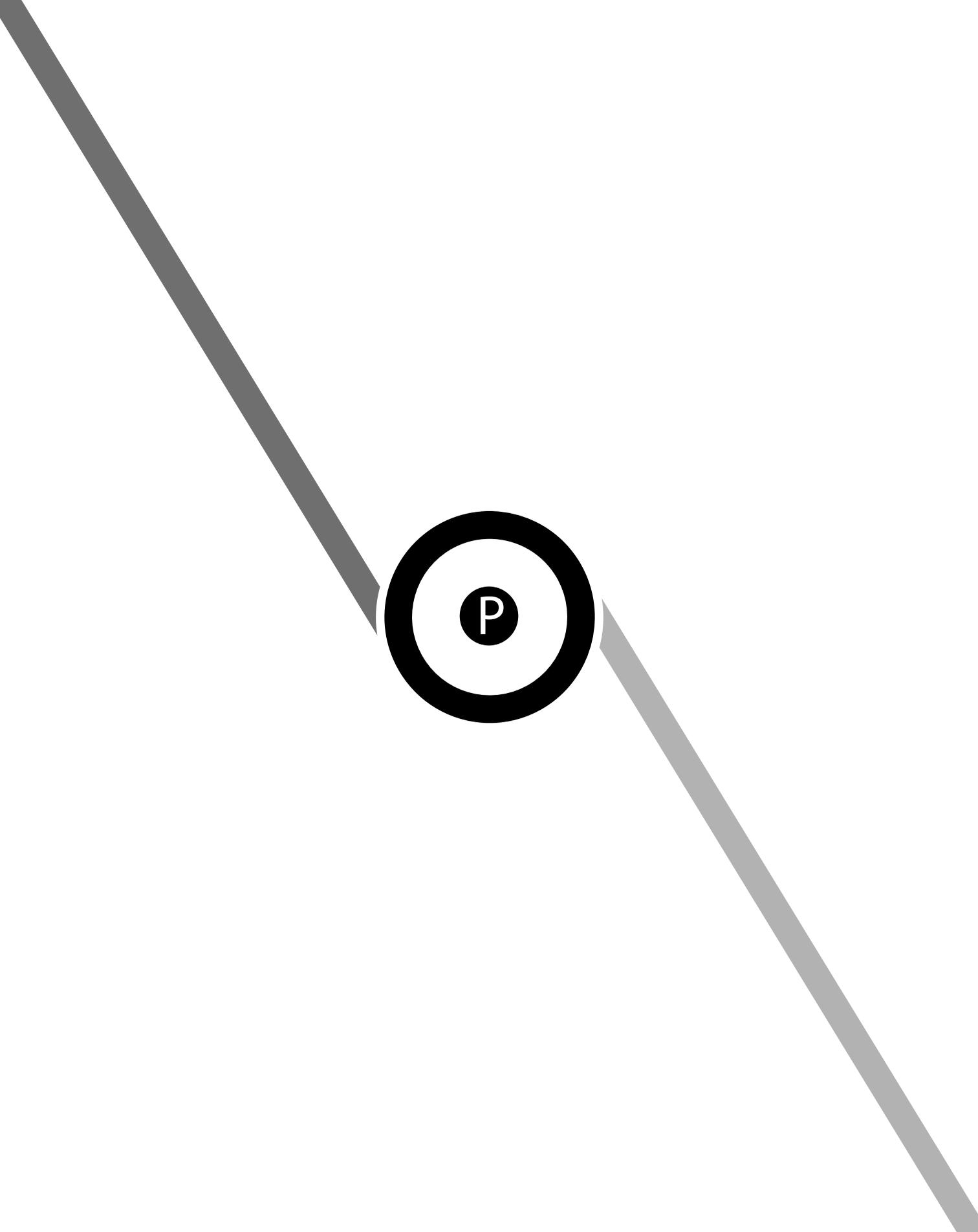
g dereklpr.myportfolio.com



Quierosertuperrx (Ciudad de México, 1993). Su trabajo de ilustración tiene como tema la bicicleta como herramienta de reapropiación del espacio y forma de gestionar la libertad.

ig quiosertuperrx







LITERATURA UNAM

